

ÁLVARO F. EZCURRA

CUENTOS Y RELATOS



Año 2006

Dedicatoria

A Fernando Romero Moreno
y Florencia Ezcurra, unidos
ante el altar de Dios el 16 de diciembre,
con mi deseo de que vivan
un matrimonio feliz, fructífero y eterno,
que Dios bendiga y la Santísima Virgen
ampare bajo su manto.



20. Furia gaucha: la de Güemes y sus paisanos salteños en la heroica guerra de la independencia.

He descubierto que cuando uno se pone a “cuentear”, la imaginación se activa y adquiere un movimiento uniformemente acelerado. De haberme sobrado tiempo, los cuentos escritos ya pasarían de 1000. Por suerte estoy ocupado y no puedo continuar “divagando”, porque lo que hasta aquí ha sido un placer se convertiría en una pesadilla como la de la gárgola, y yo terminaría enfundado en un chaleco de fuerza y mis posibles lectores también.

Me planto en los veinte. Es suficiente. Mañana será otro día y tal vez añada alguno más a la lista, pero por ahora cuelgo la pluma, ato al palenque la imaginación y me voy a confesar a dos “beatas” que acaban de llegar y dicen tener la imperiosa necesidad de hablar conmigo de sus místicos afanes...¡Dios me proteja!

Ánimo, lector, y hasta cualquier momento.

PRÓLOGO

Aquí van veinte cuentos para entretener (o aburrir) al personal. Los escribí en el transcurso del mes de enero de 2006, estando en la parroquia Nuestra Señora de Fátima, de General Alvear. Pasé ese mes sólo en la parroquia, con mucho trabajo y soportando un calor que más de una vez superó los 40° (¡y ni hablar de la sensación térmica!). Terminada la actividad, sentía la necesidad de una distracción que me ayudara a distenderme y a cargar las baterías para el trabajo del día siguiente, y así fue que se me ocurrió escribir estos cuentos con los que me entretuve bastante. Al caer la noche comía cualquier cosa a la ligera, y después de llenar mí jarro con una fresca y espumante cerveza, me sentaba frente a la computadora y comenzaba a teclear, dándole rienda suelta a la imaginación.

Algunos cuentos tienen un núcleo histórico (“Salvado por el rosario”, “El mate”, “Segando piratas”, “Un héroe ignorado”, “Dos `beatass´”, “Furia gaucha”), pero el grueso es “puro cuento”.

En resumen, el sentido de cada uno de ellos es el siguiente:

1. El buen ladrón: describe el final de Felipe, un hombre que vivió toda su vida alejado de Dios pero a último momento se reconcilió con Él, gracias a la divina misericordia que lo indujo a un acto de contrición perfecta.

2. El premio: presenta a un tal Fermín Etxeberria viviendo feliz en su pobreza, a la que considera su único tesoro, sin que le hicieran cambiar su concepción de la vida unos dólares que le cayeron de arriba.

3. El pobre y el niño: Jesús se escondió entre los harapos de la pobreza y el niño que lo atendió caritativamente -sin saber de quién se trataba- recibió su recompensa.

4. El demonio técnico: personaje popular que ejerce su maldito “apostolado” en las parroquias con el único fin de aguar las fiestas y encabritar las almas. ¿Hay acaso algún curita que lo desconozca?

5. La gárgola: una especie de pesadilla que la fiebre casi vuelve real. ¡Ojo a los que vayan a Carcasona, sobre todo si les aqueja la gripe!

6. Los trepadores: algunos miembros de la Iglesia viven a su sombra sirviéndose de ella sin escrúpulos, sin más norte que un interés mezquino. Los trepadores, por desgracia, existen más allá del cuento y constituyen lo que suele llamarse la cofradía de los “trepenses”. Si el diálogo entre José María y Justo les produce náuseas, tómelo como una saludable señal de incontaminación.

7. Salvado por el rosario: es un relato que parte de un hecho histórico y muestra la protección de la Virgen a un devoto soldado alemán, y por extensión, a todos los que la veneramos sincera y fervorosamente.

8. El mate: refiere la trayectoria de un mate que pasó de mano en mano -muchas de ellas ilustres- atravesando el tiempo.

9. Segundo piratas: entre los datos reales de las invasiones inglesas, aparece la figura ficticia de Manuel Ondárroa, que representa el coraje de los habitantes de Buenos Aires en su lucha contra los piratas británicos.

10. Un héroe ignorado: Faustino Fuentes existió y su gesto heroico también. Es una historia conocida por tradición familiar.

11. Dos “beatas”: También son reales...¡porca miseria!. Se las encuentra junto al demonio técnico en cada parroquia, y a su modo, les encanta aguar las

fiestas y someter a dura prueba la paciencia del cura y la feligresía toda.. ¡Que levante la mano quien nunca se haya topado con ellas!

12. Un monstruo en la laguna: dicho monstruo no es de “en de veras”, como diría Isidro (el protagonista del cuento), sino el fruto de una confusión. Tampoco son de “en de veras” Nahuelito, Nessie y el Yeti o “abominable hombre de las nieves”. Los únicos monstruos verdaderos suelen ser bípedos implumes, de esos que se consideran a sí mismos racionales, pero lo disimulan muy bien.

13. La Argentina que no quiero: diálogo entablado entre un abuelo y su nieto, en el que aparecen las miserias de la patria, pero también la esperanza de una Argentina mejor.

14. La mansión del fantasma: muestra la inconveniencia de convivir con un fantasma bajo un mismo techo. Los fantasmas no existen, pero...

15. Las cuatro estaciones: invierno, verano, otoño y primavera en la visión contrapuesta de un optimista y un pesimista. La ley del péndulo en acción, sacrificando la objetividad y el equilibrio de la superior.

16. Pichicho: Narra la vida de un simpático perro y la hazaña que realizó y le mereció el reconocimiento de todos los pobladores del barrio en que vivía.

17. Una carta en la botella: El guipuzcoano Dionisio Ayerbe se lanzó a navegar por los mares con su pequeño yate en busca de aventuras y soledad, encontrándolas en un remoto rincón del océano Pacífico, en una de cuyas islas pudo realizar sus sueños.

18. La coral desventurada: que picó a un hombre de mala entraña y murió envenenada, allá en Balcarce 50.

19. La lluvia: que cayó en la comarca después de una gran sequía, gracias a la novena que los paisanos le hicieron al santito Isidro.

*Pero el otro lo increpaba, diciéndole:
¿No tienes temor de Dios, tú que
sufres la misma pena que él? Nosotros
la sufrimos justamente, porque
pagamos nuestras culpas, pero él no
ha hecho nada malo. Y le decía:
Jesús, acuérdate de mí cuando
vengas a establecer tu Reino.*

El le respondió:

*Yo te aseguro que hoy estarás
conmigo en el Paraíso.*

(Lc. 23, 39-43)

Felipe interrumpe la lectura y vuelve a fijar la mirada en el fuego del hogar. Su corazón late con fuerza dentro del pecho. Un nudo le aprieta la garganta. Sus ojos azules se nublan...¡Está llorando!. Y por primera vez en tantos años, sus labios trémulos se abren a la plegaria: "Si como el buen ladrón, Señor, yo pudiera..." La emoción lo enmudece. La oración queda trunca. Pero Felipe sabe muy bien lo que quiso expresar...¡Y Dios también lo sabe!

La lluvia es ahora torrencial. Un relámpago atraviesa el cielo iluminándolo, al par que un poderoso trueno estalla sacudiendo la mansión. El rayo ha caído cerca. La tormenta se asemeja a la del Gólgota, cuando al morir Jesús las tinieblas cubrieron toda la región. Felipe sigue con sus ojos fijos en el fuego, pero ahora no es que no lo ve por estar ensimismado, sino porque acaba de morir. Son las tres de la tarde. A la misma hora en que expiró Jesús crucificado, Felipe entregó su alma estando en su propia cruz, y como san Dimas -el buen ladrón- robó el cielo en el último instante de su vida, a fuerza de lágrimas y de perfecta contrición...

... Felipe está ahora en el paraíso y repite a cada instante: ¡Qué grande es la misericordia de Dios! Los santos que comparten con él la misma nube le dicen

1. EL BUEN LADRÓN

Frió atardecer tormentoso en el ocaso del invierno. Afuera cae, suave y persistente, cadenciosa la lluvia. Los relámpagos, rasgando cada tanto la oscuridad, dejan ver el impecable jardín que circunda a la vieja mansión colonial que allí se yergue, sólida y señorial, desde finales del siglo XVIII.

En el interior del caserón hay una espaciosa sala de estar compuesta por un techo de fina madera barnizada, paredes blancas que exhiben artísticos cuadros pintados al óleo, y un piso baldosado cubierto con alfombras de color verde inglés. Aquí y allí se encuentran, convenientemente distribuidos, algunos sólidos y clásicos muebles tallados en caoba. Puede afirmarse que predominan en el ambiente el buen gusto y una mesurada sobriedad.

Felipe de Azkaine -dueño de la mansión- está sentado en su sillón predilecto, al calor del hogar en el que arden unos leños. Sus ojos azules contemplan las llamas, que parecen cobrar vida cuando cambiando de colores se elevan y retuercen, abrazando la madera hasta consumirla sin piedad. El fuego refulge en su rostro, dándole un aire de noble personaje retratado por el genio pictórico de Zurbarán. Felipe parece cautivado por el encanto misterioso de las llamas, pero en realidad sus ojos miran sin ver, porque se encuentra profundamente ensimismado. Su mirada es interior, retrospectiva. Como en instantáneas fotográficas, está viendo pasar el arco de su vida desde los primeros episodios de la infancia hasta el momento fugaz que ahora transcurre sentado en su sillón predilecto, al calor

del hogar...¡Cuántos años han pasado! ¡Cuántas cosas ha vivido! ¡Cuántos acontecimientos de los cuales fue partícipe o testigo en la larga singladura de su vida, navegada entre bonanzas y borrascas, tristezas y alegrías, triunfos y fracasos! La vida de Felipe fue una larga sucesión de luces y sombras, pero ahora se avizora, no muy distante, el puerto de arribo.

Felipe siente nostalgia del ayer; melancolía de lo que fue. Lo embarga el agri dulce recuerdo del pasado, y es tal la hondura de sus sentimientos, que las arrugas de su rostro parecen acentuarse hasta convertirse en surcos que aró la vida; en heridas de tiempos lejanos, muy lejanos...

El silencio es rotundo. No logra interrumpirlo el acompasado tic-tac del reloj de pared, ni el tamborileo de la lluvia en los cristales, ni el esporádico rumor de truenos distantes o el crepitar de los leños ardiendo en el hogar. Todo ello no es más que el telón de fondo de ese silencio que lo invade todo, que campea, que prevalece, que se escucha.

En ese silencio, Felipe oye la voz de su conciencia, que desde lo más íntimo de su ser lo invita a hacer el balance de su vida. Tiene ya 87 años de edad. Es lógico que piense en arreglar las cuentas y acomodar las cargas antes de emprender el viaje sin retorno. Cuando se tiene semejante edad, la Parca afila su guadaña y merodea cercana, intentando la siega en la primera ocasión que se presente.

Felipe se sabe caduco. Sabe que le queda poco hilo al carretel de su existencia y que - como dice el adagio- "un buen morir honra toda una vida". Piensa hondamente. Una luz parece abrirse camino en medio de su tiniebla interior, al par que una fuerza desconocida lo impulsa hacia las regiones puras donde no se condensa la tempestad, pero él nunca oyó hablar de la gracia divina ni de las mociones del Espíritu Santo, por

lo que le resulta imposible explicarse qué le está ocurriendo. Parece otra persona, más profunda y esencial. Casi ni se reconoce a sí mismo, pero admite que lo experimentado en este momento es una exigencia que marcha al conjuro de una necesidad desde hace largo tiempo sentida. Es que no puede concebirse una vida plena en la lejanía de Dios, y Felipe, que siempre aspiró a vivir en plenitud, ahora cae en la cuenta de que nunca logró lo que anhelaba.

El momento es solemne. Felipe se dispone a descubrir su propia verdad confrontándola con la Verdad de Dios; de ese Dios del cual él se alejó hace mucho tiempo, siendo muy joven, reproduciendo en su vida la historia del hijo pródigo que se marchó de la casa paterna buscando la felicidad por caminos equivocados. Es la primera vez que resuelve poner, con determinación y coraje, las cartas de la sinceridad sobre la mesa. Sufre. Se agita. Es duro encontrarse con la verdad de sí mismo cuando el prontuario es grueso. Él no ignora que en su vida hay déficit y que los árboles caen por donde se han inclinado. Tiene miedo y remordimientos...¡No es para menos!

Repentinamente, como por instinto, Felipe se levanta del sillón y se dirige hacia el anaquel donde reposan varios libros. Entre ellos hay un ejemplar del Nuevo Testamento, regalo que le hiciera su tía materna el día de la primera comunión. Lo toma entre sus manos y vuelve a sentarse en el sillón. Permanece inerte unos instantes, como sumido en sus pensamientos, y luego, sin saber por qué, abre el evangelio al azar y comienza a leer:

"Uno de los malhechores crucificados lo insultaba diciendo: '¿No eres tú el Mesías? Sálvate a ti mismo y a nosotros'.

Una caravana interminable de vehículos se asomó por el camino que, serpenteando la quebrada, conducía a lo de Fermín. Venían en ella los directivos de la empresa y numerosos empleados; periodistas de la prensa oral y escrita; una delegación de funcionarios; políticos de diverso pelaje y un variopinto grupo de curiosos, de esos que nunca faltan cuando se produce cualquier acontecimiento, aunque sea el más trivial. Fermín los recibió desconcertado, sin entender lo que ocurría, pero el gerente general de la empresa procuró despejar su perplejidad diciéndole:

-Don Fermín, ha sido usted el afortunado ganador del maravilloso premio que nuestra empresa lanzó en danza la semana pasada...¡Lo felicito!

Fermín no tenía ni idea de la existencia de un premio en danza, por lo que preguntó con cierta timidez, no exenta de curiosidad:

-Y... ese premio... ¿En qué consiste?

-¡¡¡En 300.000 dólares, don Fermín!!! ¡¡¡300.000 dólares!!! ¡¡¡Usted ha ganado la fabulosa suma de 300.000 dólares!!!, respondió el gerente general con una euforia que descubría su vil materialismo dejándolo en paños menores.

-Bien -replicó Fermín pausadamente, luego de un instante de silencio-, pero yo pregunté en qué consiste el premio, no el castigo.

Todos los presentes abrieron la boca desmesuradamente y permanecieron así un largo rato. El gerente general, una vez recobrado de la sorpresa, dijo:

-Don Fermín, no entiendo...o mejor dicho...usted no entiende: acaba de ganar 300.000 dólares. Eso no es un castigo. Al contrario, es un premio, y más que premio es un premión.

bromeando que parece un disco rayado, pero él, sin inmutarse, continúa con la misma cantinela. Entonces, se pliegan a su canto los coros angélicos, y todos los habitantes del cielo terminan entonando al unísono con melodiosa voz: ¡Qué grande es la misericordia de Dios! Sí...¡Qué grande es la misericordia de Dios!

2. EL PREMIO

Congregados en el lujoso salón de reuniones de la empresa, los directivos resolvieron llevar a cabo una fuerte ofensiva comercial para aumentar las ganancias. Entre otras estrategias programadas estaba la de redoblar la publicidad, y uno de los medios elegidos para ello fue otorgar un premio gratuito de 300.000 dólares a un habitante de la comarca elegido al azar en los padrones municipales. Claro está que al premio lo entregarían entre bombos y platillos, convocando a los medios masivos de comunicación social para difundir la “generosidad” de la empresa, y de ese modo recuperar con creces y en poco tiempo la inversión efectuada. Los amigos de Mamón -huelga decirlo- no suelen dar puntada sin hilo.

El premio le tocó en suerte a Fermín Etxeberría, viejo vasco solitario que vivía desde siempre en la falda oeste de la montaña, en una pequeña y modesta casa de madera. Allí tenía una parcela que cultivaba con esmero, y una mínima granja en la que criaba unos pocos animales, los suficientes para auto abastecerse. El lugar era de una belleza paradisíaca, en medio de la floresta y refrescado por la corriente cristalina de un arroyuelo pedregoso que bajaba en cascadas desde las cumbres.

Fermín era pobre pero dichoso. Sus días transcurrían serenos y no necesitaba añadiduras para ser feliz, pues se contentaba con lo poco que tenía y jamás sintió la tentación de acumular superfluidades. Siempre consideró que su verdadera riqueza era estar en paz con Dios, el prójimo y la propia conciencia, y vivir en armonía con la naturaleza, a la que tanto amaba.

-Para mí es un castigo - insistió Fermín con terquedad de vasco-. Además ¿de qué me sirven esos 300.000 dólares, si no los necesito?

Un político que seguía atentamente el diálogo se creyó en el deber de intervenir, y dirigiéndose a Fermín, expresó:

-Correligionario: es absurdo llamarle castigo a semejante premio y decir que no necesita esos dólares. Usted es pobre, ciudadano...¡Reflexione!

Fermín, un poco amoscado por el lenguaje de comité del político, le respondió:

-Vea, señor. En primer lugar, quiero que le quede en claro que yo no soy correligionario suyo porque no acostumbro seguir a los políticos sino a la gente de bien. En cuanto a lo que ustedes llaman premio, para mí es un castigo porque mi única ambición es llegar al cielo, y esos dólares son un pesado fardo que me impedirá levantar vuelo libremente cuando me toque el momento de partir. Jesús dijo que difícilmente un rico entrará en el Reino de los Cielos; que es más fácil que un camello pase por el ojo de una aguja que un rico entre por la puerta del Paraíso. Y dijo también que nadie puede servir a dos señores, porque aborrecerá a uno y amará al otro, o bien, se interesará por el primero y menospreciará al segundo. De modo que no se puede servir a Dios y al dinero, señor politiquero. Y como yo opté por servir humildemente a Dios desde mi pobreza, los 300.000 dólares son un castigo porque me mortifican, me afligen, contradicen mis convicciones, obstaculizan mis planes y me producen dolor de panza.

Los que escuchaban las palabras de Fermín continuaban con la boca abierta. Uno de ellos comentó: - ¡Este viejo está loco de remate! Otro añadió: ¡Está borracho! Y un tercero: ¡Es un imbécil! En un corrillo despotricaban airados: - Si para este bicho raro el

premio es un castigo, que se lo den a otro. Nadie comprendía las razones del buen Fermín, pero éste continuó impertérrito su discurso:

- Por otra parte, no necesito ese dinero. Miren ustedes: allí están mi huerta y mi granja, que me dan el alimento. Los árboles me ofrecen su sombra para protegerme del sol estival, y el arroyo me regala su agua fresca y pura para saciar la sed. Las ovejas me brindan su lana para abrigarme en el invierno, y con ella he fabricado el mullido colchón donde reposo. Si me enfermo, en los yuyos del campo encuentro remedios mejores que las costosas porquerías que se venden en las farmacias de la ciudad. Los pájaros alegran mi vida con sus trinos, y tengo un perro amigo cuya fidelidad no se encuentra fácilmente entre los hombres. El lugar donde vivo, ya lo ven, es bello como pocos. Las puestas del sol son aquí maravillosas y las noches estrelladas un verdadero encanto. Además, tengo mi fe y mi Dios, y a la Virgen María que me bendice y acompaña siempre...¡Por favor, no me castiguen con ese premio! ¡Llévense sus dólares a otra parte! ¡Dónenlos a una institución de beneficencia o tírenlos a un barranco, pero a mí déjenme con mi pobreza, que es mi único tesoro!

Fermín pronunció estas palabras poniendo el alma en la voz. Muchos de los presentes agacharon la cabeza y se preguntaban: ¿Está loco...o es un santo?

Los directivos de la empresa resolvieron que, pese a todo, el premio debía quedar en manos de Fermín para que éste hiciera con él lo que quisiera. En silencio, dejaron las valijas repletas de dólares a sus pies y se marcharon por donde habían venido. Cuando quedó solo, Fermín llevó su “castigo” hasta un pozo cercano, ancho y profundo, y allí arrojó los 300.000 dólares, que se hundieron en las aguas barrosas y pútridas del fondo. Después regresó a su casa silbando bajito, sacó al jardín una silla hamaca, y sentándose en ella se puso a

contemplar plácidamente las estrellas, que perezosas comenzaban a despuntar en el cielo oscurecido del anochecer. Encendió su vieja pipa curva aspirando el humo con fruición, acarició a su perro que estaba echado a un costado, y se sintió inmensamente feliz.

La llegada de Javier al cielo fue un completo jolgorio. San Pedro le abrió las puertas y lo hizo pasar en medio de una doble fila de alados ángeles resplandecientes. Al final se encontraba la Santísima Virgen, que lo esperaba con los brazos abiertos y con una inefable sonrisa maternal. El asombro de Javier era tan infinito como su felicidad. La Virgen le dijo:

- Querido Javier: tu bondad de corazón y tu caridad para con los pobres son las llaves que te han abierto las puertas por las que acabas de entrar. Ahora quiero que veas a mi Hijo, Rey de reyes y Señor de señores, que aguardaba tu llegada con desbordante alegría. Ven conmigo, hijo.

La Virgen tomó de la mano a Javier y lo llevó a una estancia contigua. Era un salón dorado lleno de luz sobrenatural. Entraron y María llamó a su Hijo diciéndole:

- Jesús, aquí está Javier, que viene a tu encuentro.

Entonces, detrás de un cortinado celestial de indescriptible belleza, apareció el pobre de los harapos y se aproximó a Javier, cuyo asombro y felicidad fueron tan grandes como nadie podrá contarlos jamás. Jesús lo miró con sus ojos luminosos y le dijo:

- Mi fiel amigo Javier: ¡Bienvenido seas a mi Reino!

Los dos se estrecharon en un cálido y cordial abrazo, mientras la Virgen los contemplaba con el alma llena de maternal regocijo.

3. EL POBRE Y EL NIÑO

El pobre tocó el timbre de la imponente mansión. Estaba muerto de hambre y pasmado de frío, pues hacía mucho que no probaba un bocado y los harapos que lo cubrían no alcanzaban a protegerlo de los rigores del invierno, que ese año se presentaba extremadamente crudo.

El dueño de casa era un hombre mediocre cuyo único interés consistía en acrecentar su fortuna. Se ocupaba en negocios inmobiliarios y pasaba más tiempo en la oficina que en el hogar, al que llegaba siempre malhumorado, sin ganas de dialogar con su mujer y sus hijos, ni mucho menos de retomar con ellos. Su mujer estaba cortada por la misma tijera. Más que esposa era la aliada de su marido en la estrategia enfermiza de acumular bienes materiales. Los hijos eran muy diferentes entre sí. La mayor parecía una copia fiel de sus padres e iba en camino de superarlos en el afán de poseer. El del medio daba a primera vista la impresión de tener un mejor natural, pero en realidad era bastante tarambana y vivía como en el aire, desconectado del planeta, en una dimensión desconocida. No era malo el muchacho, pero tampoco era bueno, tal vez porque en su mundo no existían esos parámetros. En cambio el menor era, sin duda, el mejor de los tres. Se llamaba Javier y tenía doce años de edad. No parecía miembro de su familia, pues lo adornaban virtudes inconcebibles en el contexto materialista que lo rodeaba. Era como una mosca blanca entre los suyos. Desinteresado y caritativo, lo animaba un espíritu religioso radicalmente opuesto al espíritu mundano de su hogar, en el que Dios no tenía cabida y la palabra religión sonaba a chino.

¿Dónde adquirió Javier esas virtudes? Habría que preguntárselo al Padre Eterno.

*

Cuando sonó el timbre, la dueña de casa se dirigió a la puerta y observó por la mirilla. Al ver al pobre, volvió sobre sus pasos y le comentó al marido:

-Es un pobre diablo harapiento, de esos que siempre importunan y quieren vivir de arriba.

El marido gruñó:

-¡No le abras! Si quiere comer que trabaje. ¡Bueno sería que gastemos de lo nuestro para alimentar a un vago! Estos pedigüños me tienen hartos: no hacen más que garronear.

La hija mayor agregó su dosis de ponzoña:

- ¡Deberían confinarlos a todos en una isla! ¡Es una vergüenza la imagen que dan de nuestra ciudad! ¡Qué asco!

Aunque parezca mentira, el egoísmo y la mala entraña siempre encuentran argumentos para justificarse, brillar como el oropel y engañar a los incautos.

El tarambana ni se enteró de que alguien había llamado a la puerta. Estaba absorto escuchando el último CD de los "Enanitos verdes", mientras contemplaba alelado sus flamantes zapatillas de marca.

Para Javier, la actitud y los comentarios de sus padres y hermana fueron como una estocada al corazón. No comprendía esa dureza pétrea; esa indiferencia ante la necesidad ajena; esa falta total de sentimientos. No dijo nada, pero tuvo una idea. Se fue a la despensa, metió en una bolsa una hogaza de pan fresco, una buena tajada de queso y un poco de fruta, y saliendo por la puerta de servicio para no ser descubierto alcanzó al pobre, que ya se marchaba a cierta distancia, y le entregó las viandas con una inefable expresión de

compasión y simpatía. No hubo palabras entre los dos, ni hacían falta. El pobre lo miró sonriendo y Javier quedó fascinado con esa mirada que partía de unos ojos cristalinos, deslumbrantes y profundamente misteriosos. Nunca había visto unos ojos semejantes y una mirada tan extraordinariamente dulce, serena y bondadosa. Eran como dos diamantes engarzados en ese rostro sufriente, en violento contraste con la miseria de los harapos que cubrían al pobre hombre. Javier regresó a casa feliz por la buena obra realizada, y esa noche soñó que el mundo era mejor.

*

Al día siguiente, muy de madrugada, sonó el despertador en la mesa de luz de Javier. El detestable aparato se le representó como una vociferante institutriz inglesa emplazándolo al estudio. Se restregó los ojos, y luego de desperezarse, saltó de la cama para asearse y tomar un ligero desayuno. Después buscó la bicicleta y marchó rumbo a la escuela, situada a pocas cuadras de su casa. Mientras pedaleaba se puso a recordar el encuentro del día anterior, cuyas resonancias seguían repercutiendo hondamente en su interior. Pensaba que cuando fuera grande, si llegaba a tener la opulencia de su padre, haría lo imposible para que nadie pasara necesidades, y se comprometió a no negarle nada a cualquier pobre que golpeará a su puerta o se le atravesara en el camino. Distraído en sus pensamientos, al llegar a la intersección de la avenida no vio que un camión venía por ella a alta velocidad. Cuando se dio cuenta intentó esquivarlo con una desesperada maniobra, pero fue inútil: el camión lo atropelló violentamente, aplastándolo y arrastrándolo varios metros por el pavimento. Javier murió al instante, quedando trancos sus sueños bondadosos, como un capullo que no llegó a ser flor en esta tierra.

*

que partiría en avión desde Buenos Aires tomando todos los recaudos necesarios para llegar a destino con suficiente antelación. El tema de la disertación había suscitado el interés de la gente y se descontaba una concurrencia numerosa. Todo estaba previsto...menos la tormenta furibunda que se abatió sobre la Capital Federal y obligó a la cancelación de los vuelos desde el aeroparque, al tiempo que el demonio técnico se despanzurraba de la risa, revolcándose en una de las pistas aéreas sin hacer caso del torrencial aguacero.

*

Ante el conjunto de piedras puestas en el camino por el demonio técnico, al pobre párroco no se le pusieron los pelos de punta por la única razón de que era completamente calvo. Pero sufrió una fuerte gastritis, dolores de barriga, taquicardia, neurosis y un ataque de malhumor que casi lo convirtió en ogro.

Hay que reconocerle al demonio técnico cierta eficacia "apostólica". Es indudable que tiene habilidad en el obrar; un conocimiento exacto de los tiempos y lugares oportunos para la ejecución de sus trastadas, y sobre todo, una pericia electromecánica que es realmente llamativa si se tiene en cuenta que en el infierno no se dictan cursos de especialización en la materia. Sin embargo, hay que decir que el demonio técnico es, al fin y al cabo, un pobre diablo. Puede aguar la fiesta, pero no impedirla. Puede obstaculizar la procesión, pero no desbaratarla. Puede crear un clima de desasosiego, pero no lograr que la sangre llegue al río. De modo que su eficacia "apostólica", si bien se mira, es tan relativa que se aproxima lisa y llanamente a la nada. Por otra parte, muchas veces el tiro le sale por la culata:

-Las campanas no sonaron, pero la concurrencia de fieles fue mayor que la de años anteriores.

4. EL DEMONIO TÉCNICO

El demonio técnico es uno de los personajes más populares y activos de todas las parroquias del universo mundo. Sin ser precisamente devoto, está siempre presente en las fiestas patronales, procesiones, triduos, novenas, ejercicios espirituales, conferencias y demás actividades que se desenvuelven en el ámbito parroquial.

No hace falta decir que asiste a misa todos los domingos y fiestas de guardar (y también de no guardar, si lo apuran), porque a nadie se le escapa su presencia. De un modo u otro él se hace notar, pues le ha tomado gusto a eso de llamar la atención y ser el centro de todos los comentarios.

Hay que reconocer que en materia de asistencia a misa es un ejemplo para muchos feligreses, que no cumplen íntegramente el precepto eclesiástico porque son católicos de misa quincenal, o porque llegan infaliblemente tarde, perdiéndose parte de la liturgia de la Palabra. Aunque parezca mentira, uno puede recibir saludables lecciones incluso del mismísimo mandinga.

Como es bastante cobardón, el demonio técnico se escuda en su incorporeidad. De ser visible y palpable ya habría recibido tantas tundas y mamporros que lo habrían curado de espanto y no querría saber más nada con eso de andar aguantando las fiestas, pero él se siente seguro en su invisibilidad, y la aprovecha para situarse sigilosamente en lugares estratégicos desde los cuales comienza a dar rienda suelta a sus fechorías, tratando de esquivar -en lo posible- el agua bendita.

Tomando prudente distancia del Sagrario, el demonio técnico prefiere merodear por los tapones de la luz; deslizarse por los cables eléctricos; curiosear en enchufes, ventiladores, micrófonos y parlantes, y bailar de vez en cuando una ronda en las arañas del techo. A veces se camufla de organista para hacer saltar un tecla, romper un pedal o tapar los tubos del instrumento.

Eso sí: le disgusta el olor a incienso, aunque lo soporta porque le viene de perillas para disimular su poco recomendable tufo azufrado.

Le tiene particular inquina a las palabras de la consagración y suele taparse los oídos para no escucharlas; y lo mismo hace cuando los fieles rezan el rosario en la iglesia, pues le resulta insufrible escuchar los “piropos” que los devotos le dirigen a la Madre de Dios.

*

En la parroquia del pueblo todo era un ir y venir de aquí para allá, pues había llegado el día de la fiesta patronal. Con el cura párroco a la cabeza, un grupo de colaboradores ultimaba los preparativos de la procesión y celebración de la santa misa, que presidiría el obispo diocesano. Las señoras adornaban la iglesia y la imagen del patrono, mientras el coro ensayaba diversos cantos y las sacristanas se esmeraban poniendo a punto ornamentos y vasos sagrados. En el salón de actos los hombres dejaban todo dispuesto para la conferencia que esa misma noche pronunciaría un destacado orador que vendría de Buenos Aires. Nada quedó librado al azar. Cada detalle estaba bajo control y la organización funcionaba como un perfecto mecanismo de relojería.

*

Cuando llegó el obispo, el párroco ordenó repicar las campanas para convocar a los rezagados y comenzar la procesión. Las campanas no sonaron, o mejor dicho, sonaron en el sentido lunfardo del término. El

mecanismo eléctrico que las activaba no funcionó. Era la primera vez que se rompía desde que fue instalado diez años atrás. El demonio técnico, desde el campanario, lloraba de la risa mientras repetía burlonamente: “tilín, tilín, tilín”.

*

El silencio de las campanas no impidió que a la voz de ¡áura! la procesión comenzara a marchar por las calles del pueblo. Pero el magnífico equipo de sonido contratado para la transmisión, que había sido probado una y mil veces y hasta ese momento funcionaba a la perfección, dejó de hacerlo y se encerró en un caprichoso mutismo total, teniéndose que recurrir a los magros servicios de un vetusto megáfono para reemplazarlo. El demonio técnico había bajado corriendo por las escaleras del campanario para dar cuenta del equipo de sonido, y ahora, el muy pérfido chanceaba repitiendo con malicia: “Hola, hola. Probando, probando”.

*

Pese a todo, la procesión se llevó a cabo. Cuando la apretada muchedumbre de fieles llegó a la iglesia, la noche estaba cayendo. Se encendieron las luces del templo y comenzó la celebración de la misa. Durante la homilía, el obispo comentaba el prólogo del evangelio de san Juan, haciendo el elogio de la luz en contraposición de las tinieblas. El demonio técnico, que con una mano puesta en el mentón escuchaba atentamente el sermón desde los primeros bancos, juzgó oportuno el momento en que el orador exaltaba con mayor ardor las bondades de la luz para producir un cortocircuito que los dejó a todos sumidos en la más densa oscuridad.

*

El orador de fuste que debía pronunciar la conferencia se comunicó telefónicamente para avisar

edificio religioso en el que se encuentran armoniosamente combinados los dos grandes estilos arquitectónicos de la Edad Media: el románico y el gótico. La basílica no es de grandes dimensiones, pero la pureza de sus formas, los detalles de terminación y el colorido de sus vitrales son tan notables, que nunca pude mirarlos sin sentir cierto arrobamiento.

*

Recuerdo que en una de mis visitas a Carcasona anhelaba llegar a la basílica para contemplarla detenidamente y recorrerla de punta a punta, sin perder el más mínimo particular de su magnífica prestancia. Pese a estar aquejado por la gripe y un poco febricitante, no quise renunciar al placer de concretar mi anhelo. Me entretuve observando sin apuro, olvidado del tiempo, sus líneas arquitectónicas, las magníficas vidrieras, las austeras capillas laterales, las imágenes de la Trinidad y La Piedad de los siglos XIV y XVI, respectivamente, los viejos sepulcros de obispos y nobles caballeros medievales, el imponente órgano de tubos y, en fin, todos los tesoros de arte y fe que allí se guardan como en un precioso estuche.

Después del concienzudo paseo por el interior de la basílica salí a contemplar su exterior. Me detuve un largo rato en ese menester admirando las esbeltas torres, las sólidas paredes de piedra, las artísticas balaustradas, los pilares y arquerías, contrafuertes y tejados. Todos esos elementos se presentan como un conjunto armonioso de singular belleza.

Despertaron mi curiosidad las gárgolas. Hay varias distribuidas en lo alto de la basílica para verter el agua de los tejados. Son rostros monstruosos tallados en piedra con singular maestría. Una de ellas llamó particularmente mi atención. Era de un realismo sorprendente. Se me ocurrió pensar que el artista que la talló debió inspirarse en alguna desagradable pesadilla.

-El equipo de sonido no funcionó en la procesión, pero ésta resultó más fervorosa que nunca.

-El cortocircuito que produjo durante la misa dejó a oscuras la iglesia, pero sirvió para que los fieles detestaran con mayor ímpetu las tinieblas y valoraran aún más las bondades de la luz.

-El orador de fuste no pudo viajar el día convenido, pero lo hizo una semana después y pronunció su conferencia ante un gentío que desbordó la capacidad del recinto, siendo el éxito rotundo.

¡Pobre diablo! Desde que la Inmaculada le aplastó la cabeza quedó más torpe que de costumbre. Bien podría aplicársele el apotegma de Arturo Schopenhauer: "La maldad tiene sus límites, pero la imbecilidad no reconoce fronteras".

Por último, cabe decir que además del demonio técnico, cada parroquia cuenta con un ángel protector. Si el primero se empeña en hacer trastadas, el segundo se dedica a deshacerlas prolijamente. Por ahí podemos encontrarle una explicación a los reiterados traspiés del demonio técnico: no se puede luchar contra Dios y sus ángeles sin experimentar la más aplastante derrota y el más absoluto fracaso. "¿Quién como Dios?", dijo san Miguel Arcángel. El demonio técnico debería saberlo, pero según parece es más "técnico" que teólogo, y por eso siempre termina quebrándose los cuernos contra una pared.

5. LA GÁRGOLA

Carcasona es una ciudad construida en la orilla derecha del río Aude, en el sur de Francia, cerca de los Pirineos. Se trata de una plaza fuerte antiquísima que tuvo su época de esplendor en la Edad Media. Su historia se confunde con la leyenda. Estuvo sucesivamente ocupada por galos, romanos, visigodos, árabes y francos. Fue testigo de la cruzada albigense y guarda en su recinto huellas y vestigios de los grandes episodios del pasado. Está encerrada por una doble cadena de murallas defensivas que cuentan con todo un arsenal de técnicas adaptadas a los métodos de combate de aquel entonces: atalayas inaccesibles encaramadas en lo alto de los muros; poternas y barbacanas destinadas a reforzar la defensa de las puertas de acceso, que eran los puntos más débiles de la fortaleza; matacanes y ladroneras desde las que lanzar proyectiles al enemigo, aspilleras y troneras terriblemente eficaces y otros elementos de guerra que la hacían prácticamente inexpugnable.

En su interior, la ciudad ha conservado el antiguo y encantador aspecto de lo medieval: callejuelas angostas y tortuosas, fachadas con entramados aparentes y plazuelas que lo hacen a uno sentirse trasladado a otra época.

En el interior del recinto amurallado se encuentra el enorme castillo condal, verdadera fortaleza dentro de la fortaleza, construido entre los siglos XII y XIII en forma rectangular, rodeado por un foso y protegido por una barbacana semicircular. Es sin duda imponente, pero para mi gusto la más estupenda construcción de Carcasona es la basílica de Saint-Nazaire, ejemplo de

Justo: - Por ahora no aspiro a tanto. Me conformo con el cargo prometido y con la perspectiva de ir a vivir en el palacio cardenalicio, que es de un lujo encantador. Aunque si fuera por quitar de en medio a este Papa troglodita que han elegido recientemente, con gusto aceptaría reemplazarlo...A propósito de elefantes ¿te comenté que acabo de comprar un Mercedes Benz? Es una máquina soberbia, con todos los “chiches”. No pienso darle mucho uso en la ciudad porque el tránsito en Roma está cada vez más caótico, pero me servirá para las escapadas a las playas del Lido di Ostia, donde suelo ir a tomar sol un par de veces a la semana...Pero, ¿dónde conseguiste ese traje tan bonito que llevas puesto?

José María: - Lo compré en una sastrería eclesiástica que acaba de inaugurarse en via Cola di Rienzo, dos cuadras antes de llegar al Tevere. Es carísima, pero vale la pena y te la recomiendo. Venden ropa muy fina, de hechura impecable. Nosotros, que trabajamos en los ambientes curiales, no podemos ir vestidos zaparrastrosamente como vulgares curas de parroquia. Hay que cuidar las apariencias, porque el parecer es tan necesario como el ser ¿verdad?

Justo: -¡Desde luego! Además, el cuidado de las apariencias es importante para que a uno lo promuevan; y entre nosotros, José María, debemos reconocer que tenemos grandes aspiraciones en ese sentido. Todo por amor a la Iglesia, por supuesto. Me asustan los que no tienen sanas ambiciones. Por eso me dejan perplejo las monjitas de la Madre Teresa de Calcuta, cuya línea de máxima es limpiarles los mocos y el trasero a los pobres. Ellas se llevan después las palmas de la fama en el orden de la caridad, pero yo, que trabajo en un dicasterio relacionado con la asistencia a los países del tercer mundo, probablemente hago mucho más por los pobres que ellas. Lo que pasa es que nosotros no hacemos ruido porque somos humildes.

Tenía un aspecto verdaderamente maligno: la boca abierta, los dientes gruesos y desparejos, la nariz achatada, las orejas puntiagudas y salientes, el ceño fruncido y la mirada luciferina. En suma, un verdadero espanto. Me quedé obsesionado mirando fijo ese rostro repulsivo. Ya no veía yo la estructura del edificio sino sólo ese rostro, cuya expresión parecía cobrar vida y adquirir a cada instante mayor malicia. En un momento dado creí ver que los ojos de la gárgola se movían. Atribuí el fenómeno a una ilusión óptica, fruto tal vez del esfuerzo que yo hacía mirando con tanta concentración el objeto. Sin embargo, un cierto escalofrío me recorrió la espalda. No podía apartar mis ojos de la gárgola, que me atraía como si fuera una serpiente encantadora. Pensé si acaso no tendría ella algún poder hipnótico que me estaba influenciando, o alguna fuerza oculta y misteriosa que, perdurable en el tiempo, le otorgara una vieja brujería en algún aquelarre medieval. No podría aseverarlo, pero lo cierto es que mi fijación aumentaba y adquiría profundidades de abismo, mientras todo giraba en derredor salvo la gárgola, que estática y perversa me miraba. Luché por zafar de mi delirio, pero en ese momento la gárgola pareció mover sus labios y escuché espantado que me decía con tono imperioso:

-¡Que mirás, curioso!

No podría describir el pánico que me invadió en ese instante. Se me erizaron los pelos, las piernas me flaquearon y el corazón se puso a latir con ritmo de tambor. Nunca había sentido tanto miedo en mi vida. Siempre tuve presencia de ánimo para enfrentar las situaciones comprometidas, pero aquella vez me encontraba desguarnecido, indefenso como un pichón de alondra caído de su nido. Hubiese querido gritar pidiendo auxilio, pero ni lo intenté porque sabía con certeza que la garganta no me respondería. No tenía escapatoria. Estaba a merced de la gárgola y las perspectivas eran siniestras. ¿Qué ocurriría? ¿Qué sería

de mí? ¿Cuál sería el fin de esa pesadilla que me atenazaba y desbordaba mi capacidad de resistencia? Estaba planteándome esos interrogantes, cuando la gárgola pareció abrir nuevamente sus labios para pronunciar las mismas palabras:

—¡Qué mirás, curioso!

Ya era el colmo de lo tolerable. Se habían traspasado todos los límites, y entonces dije basta. Haciendo un esfuerzo supremo por deshacerme del nefasto encantamiento, giré sobre mis talones y me dispuse a correr con toda la fuerza que pudiera imprimirles a mis temblorosas piernas. Al hacerlo choqué con alguien que se interpuso en mi camino. Era mi amigo Francisco, que me miraba sonriente mientras decía:

-Repito por tercera y última vez...¡Qué mirás, curioso!

Mientras el alma me volvía al cuerpo, abracé a Francisco como a una tabla de salvación, y pensé: "¡Qué bueno es encontrar de improviso a un amigo, sobre todo si te hace caer en la cuenta de que las gárgolas no hablan ni tienen vida!

Es la última vez que vuelvo a Carcasona con gripe. Esa noche me tomé la temperatura y el mercurio trepó hasta los 41 grados. Hay experiencias que más vale no repetir en la vida. Ahora sé que la historia de la gárgola fue el fruto de un desvarío causado por la fiebre, pero ¿quién me quitará de encima el horror que pasé?

Por las dudas, cada vez que vea una gárgola cruzaré los dedos y tomaré prudente distancia. Tengo clavado en el alma, como una espina, el fiero resquemor de que la próxima pesadilla se convertirá en realidad.

6. LOS TREPADORES

La majestuosa cúpula de San Pedro se recortaba imponente en el límpido cielo azul de aquella templada mañana romana. La plaza era un hervidero multicolor de peregrinos y turistas, que con filmadoras y cámaras fotográficas se dedicaban a capturar para el recuerdo el instante presente y las bellezas del contorno. Las santerías estaban abarrotadas de clientes, como asimismo las librerías y los bares. Un zíngaro merodeaba atento al descuido de algún transeúnte para meterle sus finos dedos expertos en el bolsillo y sustraerle algunos euros...¡Roma es así!

En un bar aledaño se encontraban sentados a la mesa los padres José María y Justo. Saboreaban un tradicional capuccino italiano, tibio y espumoso, y conversaban sobre temas de su interés. Los dos estaban cursando el doctorado en teología en la universidad gregoriana y tenían sus proyectos y ambiciones. Pero dejémoslos hablar a ellos para enterarnos de qué trataban:

José María: -Ayer estuve con monseñor Lucertolone. Me dijo que cuando obtenga el doctorado me promoverá a la secretaría más importante de su dicasterio. Es un buen ascenso ¿no te parece?

Justo: -Por cierto, y te felicito. Pero, ¿quieres que te diga una cosa? Yo estuve hace un par de días con monseñor Cannibale y me prometió algo semejante a lo tuyo: que me promoverá como su secretario privado.

José María: - ¡Vaya! ¡Enhorabuena! Si sigues así llegarás a Papa.

José María: - En cierto modo, esas monjitas rompen la comunión eclesial porque presentan una falsa imagen de la caridad de la Iglesia, que no consiste en dar pescado, como ellas hacen, sino en enseñar a pescar, como nosotros sostenemos. De ese modo nos dejan como la mona, creando esa ruptura. En realidad, ellas no son más que asistentes sociales, pero de caridad, lo que se dice caridad propiamente hablando, muy poco o nada...

Justo: - Lo mismo me dijo monseñor Testaferata el otro día. Pero lo hizo confidencialmente, en estricta reserva, porque las Misioneras de la Caridad gozan de cierto prestigio en los sectores eclesiásticos poco aggiornados, y claro está, su excelencia no quiere que le serruchen el piso.

José María: - A mi juicio, la Iglesia es muy rígida y conservadora. Le falta mundo. Tendría que auscultar los signos de los tiempos y abrirse a la modernidad. Precisamente por no hacerlo es que surgen congregaciones como las Misioneras de la Caridad, que están superadas antes de nacer. Es que no somos capaces de renovarnos como Dios manda, es decir, orientándonos hacia el pluralismo y la tolerancia, imbuídos de un sano espíritu democrático. Porque la democracia, como bien lo sabes, es el eco temporal del evangelio. Hay mucho fascismo en la Iglesia. A mí también me causan perplejidad y me asustan esas congregaciones cerradas, que adoptan reglas medievales en las que la oración ocupa un lugar prioritario, cuando lo que hace falta hoy es abrirse a la realidad de un mundo cambiante, en el respeto de todas las sensibilidades, sin pretender imponer lo nuestro como si fuera la única verdad. Yo no estoy en contra de la oración, faltaba más, pero creo que lo más importante es el compromiso solidario con la modernidad.

Justo: - Coincido plenamente y me encantaría seguir conversando contigo, José María, pero tengo que ir a la agencia a retirar el pasaje a Cancún. Me voy de vacaciones por un par de meses. Dicen que hay allí unas playas maravillosas y que los hoteles son estupendos, con spa, jacuzzi, sauna y la mar en coche. Tengo que descansar muy bien porque al regreso me espera una agenda recargada: un congreso sobre la teología de la liberación en Budapest; una reunión de golfistas aficionados en Estocolmo (ya sabes que muero por ese deporte); un encuentro ecuménico con pigmeos animistas en Kenya; una jornada de aprendizaje de técnicas yogas en Katmandú, y por último un simposio en París, en el que se debatirá acerca de la importancia del rococó en la historia de la arquitectura y la decoración en la época de Luís XV. ¡Que Dios me perdone, pero con tantas tareas no voy a tener tiempo ni para rezar el breviario! Te dejo, José María. Hasta la vista.

José María: - Hasta la vista, Justo, y que lo pases bien en Cancún.

Cuando Justo se levantaba de la silla para retirarse, cayó en la cuenta de que prácticamente no había consumido su capuccino. Entonces tomó la taza con la intención de beberlo de un trago, pero en ese instante pasó por encima de la mesa, en vuelo rasante, una paloma aquejada de problemas intestinales, y fue tal la puntería, que el excremento se sumergió en la taza y el capuccino saltó por los aires salpicándole la cara a Justo, que contrariado y humillado se la secó con el pañuelo, tras lo cual se alejó refunfuñando.

*

Mientras José María y Justo mantenían su diálogo sentados a la mesa de aquel bar aledaño a la plaza de San Pedro, a miles de kilómetros de allí, en una cárcel de la China comunista, un anciano sacerdote cumplía

sus treinta años de encierro purgando el delito de ser un fiel apóstol de Jesucristo. Padebió torturas horribles, escarnios sin cuento, angustias de muerte. Una y mil veces pretendieron hacerlo apostatar mediante toda clase de suplicios, pero él se mantuvo firme en su fidelidad inquebrantable a Dios y a la Iglesia Católica, ofreciendo sus sufrimientos por la conversión de los pecadores, por la propagación de la fe y por las almas consagradas. En él estaba la Iglesia. La Iglesia santa e inmaculada. La Iglesia de los que no buscan ser promovidos y trepar en la pirámide del prestigio mundano, del poder y la comodidad burguesa, sino servir a Dios con humildad y abnegación, en la oscuridad del “terrible cotidiano”, por puro y exclusivo amor.

indemne de la guerra y así volver a casa a realizar sus sueños.

En cuanto a Jean, jamás dudó de haber obrado rectamente aquel día. Cuando volvió a la plaza lo embargaba una honda satisfacción. Estaba convencido de que perdonándole la vida al alemán le había hecho a la Santísima Virgen una ofrenda generosa, como cuadra a un noble caballero cristiano.

Finalizada la guerra regresó al pago natal. Allí se dedicó a las rudas faenas del campo, formó una familia y tuvo una existencia feliz. Muchas veces recordaba en la vejez los episodios de guerra que lo tuvieron como protagonista, y entre ellos ocupaba un lugar destacado aquel encuentro con el alemán. En sus meditaciones solía hacerse presente el episodio, dejándole siempre nuevas enseñanzas. Jean pensaba: "En realidad, no he sido yo quien le salvó la vida a ese muchacho, sino la Santísima Virgen. Seguramente también a mí me habrá salvado en más de una ocasión sin yo saberlo. ¡Si supiéramos los favores que le debemos! Ella siempre está atenta a lo que nos ocurre. Si carecemos de algo, o nos aqueja una pena, o nos acecha un peligro, María Santísima vuelve su bondadosa mirada hacia Jesús y le da a conocer nuestras necesidades, rogándole que las remedie. Ella nunca se distrae, ni se olvida, ni hace oídos sordos. Somos sus hijos, y si para una madre los hijos son lo más importante de todo, cuánto más para Ella, que es una madre perfecta. ¡Nunca faltará el vino en nuestra fiesta mientras la Virgen esté presente como en las bodas de Caná! Y siempre tendremos en Ella la estrella luminosa que nos guiará por el camino recto, rumbo a la gloria sin fin!"

A muchas leguas de distancia, en Alemania, un viejo ex-combatiente de la segunda guerra mundial que había salvado su vida por tener un rosario entre sus dedos

7. SALVADO POR EL ROSARIO

Era una tarde apacible y todo cantaba en el paisaje: los pájaros, la brisa, el río. El cielo azul estaba salpicado de nubes pintorescas, blancas como el algodón y de formas caprichosas. Las montañas se erguían airosas, coronadas por penachos de nieve, mientras el bosque cubría con su manto verde la extensión del valle. Había llegado la primavera, y las amapolas fueron las primeras en anunciar su arribo desplegando su colorido bermejo por los prados de la comarca.

Triste es decirlo, pero en ese marco idílico se desarrollaba la segunda guerra mundial, con su carga de odio, muerte y destrucción. El ejército alemán estaba sitiando una plaza francesa. Entre los defensores se encontraba Jean Bidarraí, un joven soldado, piadoso y valeroso, que ignoraba lo que era esquivarle el bulto a las balas. Era precisamente su piedad lo que lo hacía valiente, pues le daba una confianza invencible en la protección divina y un gran menosprecio de la muerte; a no ser la muerte segunda, que condena a la perdición a quienes expiran en pecado mortal. Jean tenía una particular devoción a la Santísima Virgen. Desde pequeño se había acostumbrado al rezo diario del santo rosario. Siendo recio de carácter y poco afecto a los devaneos sentimentales, su piedad mariana se asemejaba al modo de un caballero andante dispuesto a sacrificarse entero por la dama de sus amores. Jean era una persona íntegra que ocultaba su grandeza de espíritu entre los pliegues de la humildad.

Un día el oficial de mando dispuso que un soldado saliera de la plaza a observar los movimientos de las avanzadas enemigas. La misión era de alto riesgo. El

oficial reunió a la tropa y le dio a conocer el plan, solicitando que alguno se ofreciera como voluntario. Jean saltó como un resorte para hacerse cargo de la misión, y poco después, fusil en mano, salía de la plaza para internarse en territorio enemigo. Avanzó sigilosamente por la espesura del bosque, con los sentidos atentos a cualquier indicio que revelara una presencia hostil. Llevaba un buen rato caminando cuando de repente, a unos veinte metros de distancia, vio junto a un árbol a un centinela alemán que estaba allí de guardia, justo en el límite donde terminaba el bosque y se abría un descampado. Jean frenó sus pasos en seco y se parapetó detrás de un roble. El soldado enemigo no lo había detectado. Estaba completamente distendido, ignorando que a pocos pasos un francés armado lo acechaba. Jean dudó unos instantes sobre qué actitud tomar, pero después, resueltamente, levantó su fusil apoyando la culata en el hombro, crispó el dedo en el gatillo y centró la mira en la cabeza del alemán. Antes de disparar encomendó el alma de su víctima a la divina misericordia. Jean no sabía odiar. Siempre que entraba en combate recordaba las palabras de Antonio Rivera, “El ángel del alcázar”, aquel héroe español de la guerra civil que durante la defensa del alcázar de Toledo alentaba a sus camaradas diciéndoles: “Tirad, pero tirad sin odio”. “¡Así pelean los cristianos!”, se decía Jean, y trataba de ponerlo en práctica.

Estando a punto de disparar, vio que el alemán metía la mano en el bolsillo y sacaba de él un rosario de nácar, y después de persignarse se ponía a rezarlo devotamente. Entonces bajó el fusil y permaneció un rato observándolo. Era un muchacho como él, de no más de veinte años, lleno de vida. Probablemente tendría un padre y una madre, hermanos, proyectos, sueños y esperanzas. Rezaba concentrado en la oración, como si para él fuera lo más importante en ese momento. Cada tanto elevaba sus ojos claros al cielo

como buscando en el azul la presencia maternal de la Santísima Virgen, el consuelo de su cercanía, la gracia de su mediación. Jean se sintió conmovido por la piedad del alemán, tan semejante a la suya. Una lucha se entabló en su interior: -¿Qué debo hacer?, se preguntaba. -Estamos en guerra y la guerra tiene normas intangibles. Ese soldado pertenece al ejército invasor de mi patria. Mi deber es matarlo. La justicia de la causa lo impone. Sin embargo, ese muchacho es católico como yo. Se ve que ama a la Santísima Virgen porque le reza con devoción. Si bien es mi enemigo en el campo de batalla, es también mi hermano en Cristo en el campo más vasto de la fe... ¡No sé qué hacer!...

Jean siguió cavilando, pero al no encontrar la solución del dilema que se le planteaba optó por encomendarse a la Virgen, rogándole que lo iluminara en el obrar. Rezó tres avemarías sin perder de vista al alemán, que continuaba desgranando las cuentas del rosario, y decidió perdonarle la vida. Apretó el escapulario que llevaba al cuello, cerró los ojos y murmuró: -Santísima Virgen, lo perdono por tu amor. Después, cautelosamente, emprendió el regreso a la plaza, mientras el sol caía a pique detrás del horizonte.

Pasó el tiempo. El soldado alemán llegó sano y salvo al final de la contienda. Trabajó duro por su hogar y por su patria, que había quedado arrasada por la guerra y escarnecida por la derrota. Formó una familia ejemplar, y con los años sus hijos le dieron nietos que le alegraron la vejez. Nunca supo que había estado a punto de morir aquella vez, mientras hacía guardia en un remoto paraje del territorio francés, ni que fue salvado en virtud de aquel rosario que fervorosamente había rezado. Pero no necesitaba saberlo para estar convencido de que la Santísima Virgen era su gran protectora. Siempre lo creyó así, y de hecho, durante aquel rosario salvador le había pedido a la Madre su protección para salir

vendérselo. Tampoco estaban en disposición de regalárselo, pues sentían apego al mate y lo consideraban un recuerdo de familia. San Martín insistió en la oferta, pero con el mismo resultado. Entonces al día siguiente, muy de madrugada, el general se despidió de los dueños de casa y se alejó para retomar las tareas de la campaña libertadora en otra región del Perú. Unas horas más tarde, el matrimonio descubrió que el mate había desaparecido de la repisa, y en su lugar encontraron una fuerte suma de dinero con una carta de agradecimiento del general San Martín, en la que les pedía disculpas por no haber podido resistir la tentación de llevarse lo que no le pertenecía. Más que robo fue una venta forzada. Por otra parte, la suma dejada en la repisa alcanzaba para comprar media docena de objetos semejantes.

Desde entonces el mate acompañó al Libertador durante toda la campaña peruana, y cuando ésta finalizó, lo llevó consigo a la Argentina. Lo usaba con frecuencia, para admiración de todos quienes que lo veían. Más de uno estuvo tentado de sustraérselo del mismo modo que él lo había hecho, pero no era cuestión de meterse en camisa de once varas disgustando al general. Como un imán, el mate atraía todas las miradas y despertaba unánimes elogios.

Unos años después, cuando San Martín se encontraba en Buenos Aires madurando la idea del exilio en Francia, fue de visita a lo de su amigo Eusebio Medrano. Pasó allí un rato agradable conversando con la familia de tantas cosas, entre las que no faltaron las anécdotas de los gloriosos acontecimientos vividos en el Perú. San Martín refirió también la menuda historia del mate, y a continuación depositó en las manos de Antonia Castilla, la mujer de don Eusebio, un vistoso paquete atado con cintas de seda. Cuando Antonia lo abrió se encontró con el famoso mate, que el general les

mientras hacía guardia, pensaba lo mismo, exactamente lo mismo que Jean Bidarraí.

8. EL MATE

Era un mate muy fino, revestido de coral y adornado con borduras de plata labrada. Lo acompañaba una bombilla de oro puro que era también un notable trabajo de orfebrería. Pese a su antigüedad se encontraba en perfectas condiciones, reposando en una vitrina junto a otros artísticos objetos de valor que coleccionaba el dueño de casa, don Eusebio Medrano, que lo había comprado en una subasta londinense hacía muchos años. El mate venía con un escrito adjunto en el que se sintetizaba su historia. El 7 de septiembre de 1820 el general San Martín desembarcó en las inmediaciones de Pisco y comenzó la campaña libertadora del Perú, que culminó el 28 de julio del año siguiente con la proclamación de la independencia en Lima. En esos días iniciales de la campaña, el general pernoctó cierta vez en la modesta vivienda de unos habitantes lugareños, que se sintieron orgullosos de alojar al Libertador de su patria. Estando allí, San Martín descubrió el magnífico mate en una repisa de la sala. Se quedó admirado de su belleza e hizo su elogio ante los dueños de casa. La señora le comentó que lo guardaba como recuerdo de su padre, que lo había traído de Chile hacía muchos años. Casi nunca lo habían usado, pues en el Perú no se acostumbra tomar mate, de modo que lo tenían de adorno. Para complacer al general, la dueña de casa calentó agua en una pava y le convidó unos amargos servidos en la preciosa joya. San Martín, cada vez más entusiasmado con el objeto, les ofreció comprarlo. Los anfitriones, un poco embarazados, se negaron a

regalaba a su marido y a ella como amistoso recuerdo ante la inminencia de su alejamiento definitivo de la patria. Hubo un conato de resistencia a aceptar semejante regalo, que sin duda significaba para el general un costoso desprendimiento, pero éste insistió con tanto énfasis que lo admitieran, que terminaron por acceder. A cambio del mate, don Eusebio y su mujer le obsequiaron una estupenda escopeta de caño recortado, que como buen militar apreció en su justa medida, agradeciendo el gesto muy complacido.

*

El mate no guardó reposo en lo de Medrano. Lo usaron con frecuencia en las tertulias familiares de la Gran Aldea, cuando las amistades se reunían en ameno solaz a conversar, escuchar música y bailar el minué federal, tan de moda en aquellos tiempos de la Confederación. Pasando de mano en mano lo tuvieron entre las suyas Encarnación Ezcurra, Felipe Arana, los generales Mansilla, Pacheco, Guido y Pinedo, el almirante Guillermo Brown, Nicolás Mariño, Pedro de Angelis, Vicente López y Planes, Manuel Moreno y otras grandes personalidades de la época.

Un día Fortunata Medrano, hija de Eusebio y Antonia y gran amiga de Manuelita Rosas, llevó el mate a Palermo de San Benito, donde iba a pasar la tarde con un grupo de amigas. Cuando Manuelita lo vio se quedó prendada de él. Al regresar a casa, Fortunata le comentó a su padre lo mucho que Manuelita había ponderado el mate. Entonces don Eusebio, que era gentil y bondadoso y amaba a Manuelita como a una hija, le envió el mate de regalo junto con unos versos obsequiosos. Manuelita quedó profundamente agradecida, y desde entonces el mate entró a prestar servicios en la quinta de Palermo hasta el fatídico 3 de febrero de 1852, en que Rosas sufrió la derrota de Caseros y tuvo que marchar con sus hijos al exilio en

Inglaterra. Muy pocas cosas pudieron llevar en el viaje, pero entre ellas se encontraba el mate, que en el duro ostracismo acompañó a don Juan Manuel y a su hija, despertando en ellos el recuerdo nostálgico de la patria lejana y de tantos seres queridos que jamás volverían a ver. En su soledad de Southampton, cuando Rosas tomaba unos cimarrones en el viejo mate, solía cerrar los ojos y recordar la pampa infinita; la estancia del Pino con su frondosa arboleda; “Los Cerillos” con sus extensos campos cultivados y poblados de ganados; la campaña del desierto; las glorias de Obligado, El Quebracho y Tonelero. Sentía amargura en el alma por la ingratitud y la traición de sus compatriotas, pero tenía la satisfacción del deber cumplido y esperaba confiado la reivindicación histórica. En la manda 4ª de su testamento escribió: “Mi cadáver será sepultado en el cementerio católico de Southampton hasta que en mi Patria se reconozca y acuerde por el Gobierno la justicia debida a mis servicios”. Esa justicia la había anticipado el general San Martín legándole su glorioso sable corvo, y terminó de acordársele 112 años después, cuando en 1989 sus restos regresaron a la patria para descansar junto a los de sus padres y su amada Encarnación.

Manuelita, ya en la vejez, le regaló el mate a su hijo Máximo, y al morir éste sin descendencia se produjo un hueco en la historia del preciado objeto, que difícilmente podrá alguna vez dilucidarse. Transcurrió el tiempo, y un buen día en que Eusebio Medrano -tataranieto del viejo Eusebio y Antonia Castilla- caminaba por las calles de Londres, allá por 1950, vio el anuncio de un remate de piezas antiguas que se realizaba en una casa de subastas. Entró a curiosear y descubrió el viejo mate de sus antepasados, que estaba allí expuesto a la venta. Leyó emocionado el amarillo papel que contaba su historia, y resolvió comprarlo aunque se quedara sin un centavo en el bolsillo y tuviera que regresar a la

Argentina de polizón en un carguero. El remate fue tenso. Había varios interesados en adquirirlo, pero al final se impuso la oferta de Eusebio y éste volvió a Buenos Aires en posesión de la fantástica pieza, que desde entonces reposa en la vitrina de su casa como una inapreciable reliquia del ayer. Algún día saldrá de allí para continuar rodando por la historia. Seguirá pasando de mano en mano, de generación en generación, atravesando el tiempo como mudo testigo de mil historias fascinantes.

Manuel Ondárroa libraba su propia batalla, sin pensar en otra cosa que en cumplir cabalmente el juramento hecho a la Virgen de Begoña. Otros de su mismo temple obraron de igual modo, y fue así que al mediodía flameó en el Fuerte la bandera blanca de parlamento, pues los ingleses comprendieron que estaba todo perdido y decidieron rendirse sin condiciones para evitar un mayor descalabro.

Fue decisiva para la reconquista de Buenos Aires la acción de Liniers, Alzaga, Pueyrredón y otros cabecillas de la insurrección, pero también la de quienes, como Manuel Ondárroa, hicieron tronar el escarmiento por propia iniciativa y a puro golpe de hacha, segando piratas por amor a la patria, a su honor y libertad.

Festejando la reconquista, Santiago Liniers encabezó un solemne Tedeum Laudamus en la catedral, y el 24 de agosto, en un emotivo acto celebrado en la iglesia de santo Domingo, ofrendó a la Virgen del Rosario las banderas tomadas al enemigo, en cumplimiento del voto que había hecho el 1º de julio ante sus plantas. Algo semejante hizo Manuel Ondárroa frente a la imagen bendita de la Virgen de Begoña: le presentó el hacha de sus combates diciéndole con reciedumbre: “Madre amada, he cumplido mi palabra de segar piratas, y la volveré a cumplir si otra ocasión me lo impusiera. Gracias por protegerme en la lucha. Agur”.

*

Poco tiempo descansó el hacha de Manuel Ondárroa en el depósito de herramientas. Un año después, el 28 de junio de 1807, desembarcaba en Ensenada un poderoso ejército de 8.000 soldados ingleses sedientos de venganza. Pero esta vez los porteños supieron reaccionar a tiempo, pues la experiencia de la primera invasión no había caído en saco roto. Las autoridades estaban alertas y el pueblo se puso en pie de guerra al

9. SEGANDO PIRATAS

Buenos Aires, 25 de junio de 1806. Manuel Ondárroa está tomando mate en la vereda de su casa. Hace mucho frío en el invierno porteño y amenaza lluvia, pero él es un vasco curtido que tiene la piel dura como un rinoceronte...¡y la cabeza también!. Le gusta el aire libre y nadie podría convencerlo de que al calor del hogar se está mejor que a la intemperie. Sería inútil intentar persuadirlo. Los argumentos de razón no le valen a Manuel cuando se sienta en la retranca. Terminaría venciendo la partida por cansancio, pues a discutir nadie le ha ganado jamás.

Mientras saborea unos cimarrones, su imaginación vuela hacia la lejana Euskal Herria y contempla, como en un sueño, las verdes montañas de Vizcaya y las agitadas olas azules del bravío mar Cantábrico. Pero de golpe lo vuelve a la realidad un gaucho que pasa al galope en su zaino gritando a voz en cuello: -¡Se vienen los piratas! ¡Se vienen los piratas! ¡Juna i gran siete que los parió!

*

En el Fuerte sonaron poderosos tres cañonazos anunciando la invasión. Más de 1600 soldados ingleses habían desembarcado en los bañados de Quilmes, bajo el mando del brigadier William Carr Beresford, y avanzaban hacia la ciudad a paso redoblado. La actitud irresoluta de las autoridades, con el virrey Sobremonte a la cabeza, hizo que la defensa fuera tardía y mal organizada. Reinaba la confusión y no se atinaba a unificar el esfuerzo para responder a la agresión con probabilidades de éxito. Dos días después, Beresford

intimaba la rendición y las tropas inglesas entraban triunfantes por las calles de la ciudad, desfilando bajo la lluvia, hasta llegar a la Plaza Mayor y ocupar el Fuerte.

Manuel Ondárroa lloró de indignación e impotencia al ver pasar impune al ejército enemigo. Se sintió avergonzado y humillado porque la ciudad no se había alzado en armas para defender con hidalguía su libertad y su honor mancillados, repeliendo al invasor a sangre y fuego. Entonces fue a buscar el hacha que guardaba en el depósito de herramientas, y así armado, se arrodilló ante la imagen de la Virgen de Begoña que tenía sobre la cómoda de su dormitorio e hizo un juramento: -Tal como en Vizcaya solía ir al bosque a cortar troncos, juro que a partir de ahora me lo pasaré segando piratas. ¡Palabra de vasco!

Mientras tanto, Santiago de Liniers -que se encontraba en la Ensenada de Barragán cuando capituló Buenos Aires- llegaba a la ciudad para medir las fuerzas del enemigo y estudiar la factibilidad de la reconquista. El 1º de julio asistió a misa en la iglesia de santo Domingo y tuvo una conversación con el prior del convento, a quien le manifestó: -Hoy mismo, en el transcurso de la misa, he hecho ante la imagen sagrada de la Virgen un voto solemne. Le ofreceré las banderas que tome a los británicos si la victoria nos acompaña. Yo no dudo que la obtendré si marchó a la lucha con la protección de Nuestra Señora.

A medida que transcurrían los días, la rebeldía de los porteños se palpaba en el ambiente con mayor intensidad. Liniers se puso al mando de un improvisado ejército de casi 2000 hombres, y desde Colonia se dispuso a desembarcar cerca del Tigre para iniciar el avance hacia Buenos Aires y librar batalla. En la ciudad, Martín de Alzaga organizaba la insurrección civil y Manuel Ondárroa, con el hacha a cuestas, colaboraba agrupando a sus vecinos y alentándolos a la pelea,

mientras se decía con convicción: -¡Cortaré más cabezas que troncos he cortado en mi vida!

Y llegó el glorioso 12 de agosto de 1806. A las 10 de la mañana, Liniers inició el ataque contra la Plaza Mayor y el Fuerte. Desde los techos de las iglesias y conventos se descargaba una furiosa balacera contra el invasor. Manuel Ondárroa, en su afán de segar piratas, se acercó a las líneas enemigas con un arrojo temerario. El primer inglés que encontró le disparó a boca de jarro, pero estaba tan nervioso que la bala sólo alcanzó a perforarle la boina, lo que para un vasco no deja de ser una grave ofensa. Manuel contraatacó con una tranquilidad pasmosa, y empuñando el hacha con la fuerza de un toro le cortó de un golpe la cabeza al pobre inglés, mientras le decía con sorna: -A ver ahora cómo te las ingenias para pensar, muchacho. En ese mismo momento vio que otro enemigo se acercaba a sus espaldas con la bayoneta calada; pero sin inmutarse, como quien está jugando una amena partida de mus, giró el hacha y se la incrustó certeramente en el cuello, cortándole limpiamente la cabeza. Esta vez su comentario fue: -Pídele ayuda a tu compañero, a ver si entre los dos podéis medir las consecuencias de invadirnos, chaval. Un salvaje y estridente irrintzi rubricó la frase, que el eco repitió en las paredes del Fuerte, la recova, el cabildo y la catedral. Pero como no hay dos sin tres, otro inglés que intentó acabar con la vida de Manuel Ondárroa expuso su cuello al filo del hacha y terminó de la misma manera que sus predecesores, con la cabeza rodando por el pavimento, mientras el vasco exclamaba con bronca voz: -Si rodando llegas a Londres, dile de mi parte a Su Majestad que se vaya al carajo, majó. Dicho lo cual le dio a la testa un poderoso puntapié que la hizo volar por el aire y penetrar en el arco central de la recova vieja, en un magnífico gol anticipado en muchas décadas a la invención del fútbol.

habían asentado en la villa de Pradoluengo, del partido judicial de Belorado.

Don Lorenzo contrajo matrimonio con la porteña Juana de Arguibel y López de Cossio, hija de Felipe de Arguibel, prestigioso comerciante, hacendado, capitán de milicias y hermano del prócer de la independencia Andrés de Arguibel, y de Andrea de López y Cossio, noble matrona descendiente de antiguos linajes rioplatenses.

Lorenzo y Juana vivían en la famosa casa de altos edificada en 1771 por Luis de Gardeazábal, en la esquina de Perú y Rivadavia. Cuenta Manuel Bilbao en sus "Tradiciones y recuerdos de Buenos Aires": "Como los fondos de esta casa lindaban con la cárcel pública, situada en los bajos del cabildo, dos o tres veces los presos de la cárcel se evadieron por esta finca, escalando las paredes del fondo y saliendo por la puerta de la calle Rivadavia señalada con el nº 548".

Del matrimonio de Fuentes y Arguibel nacieron varios hijos. Uno de ellos fue José, que se cuenta entre los primeros médicos doctorados en la Argentina. Otra fue Mercedes, esposa de Juan Bautista Ortiz de Rozas, único hijo varón de don Juan Manuel, y por consiguiente, tronco de todos los Ortiz de Rozas descendientes del Restaurador. Otra hija se llamó Rosa y estaba casada con el coronel Ramón Maza, quien fuera fusilado por orden de Rosas al descubrirse la conspiración de la que formaba parte como uno de sus cabecillas. Dadas las relaciones de parentesco, este incidente significó un verdadero drama familiar. Y otra hija de Lorenzo y Juana fue Isabel, casada con José María de Ezcurra, hermano de Encarnación y cuñado de Juan Manuel de Rosas. Por último estaba Faustino, el héroe de esta historia. Su tío, Andrés de Arguibel, era un personaje de marcada utilidad para la campaña. Ferviente partidario de la independencia, se había comprometido con entusiasmo

instante. Liniers reunió 7000 hombres y Alzaga organizó la defensa urbana con la colaboración de todos los habitantes de la Gran Aldea. Se cavaron trincheras y alzaron barricadas en las calles. Las casas se transformaron en bastiones y nadie quedó sin armarse, aunque más no fuera con elementos rudimentarios de combate como horquillas y garrotes. Ancianos, mujeres y niños rivalizaban en ardor guerrero y se mostraban dispuestos a vender caras sus vidas en la demanda.

El 2 de julio chocaron las fuerzas de Liniers y las británicas en los Corrales de Miserere. Las tropas patrias sufrieron allí una dura derrota. Pero lo bueno estaba aún por llegar, porque el decisivo ataque inglés comenzó el 5 de julio por la mañana, cuando las fuerzas piratas convergieron sobre el Fuerte desde distintos ángulos. La resistencia fue feroz. Un fuego infernal partió desde las trincheras, barricadas y azoteas. Las mujeres criollas, amas y esclavas unidas en un mismo sentimiento patriótico, arrojaban desde las terrazas aceite y agua hirviendo sobre los invasores, que iban dejando un tendal de muertos y heridos a su paso.

Lancelot Holland, oficial británico que tomó parte en la segunda invasión inglesa, consignó por escrito: "De las casas fue de donde más sufrimos el ataque; desde allí llovían disparos de mosquete y granadas de mano sobre nuestras columnas que causaban enormes estragos. Era difícil forzar una casa, y cuando se lograba, el enemigo huía por los techos para retornar si no la ocupábamos; así todas las partes de las columnas sufrían el embate por igual".

Holland no menciona en su relato a Manuel Ondárroa, por lo que cabe añadir que el animoso vasco segó piratas a diestra y siniestra, hasta mellar el hacha y encallecer sus manos. Peleaba como una fiera, pero lo hacía calmo y sin hesitar; como cuando cortaba troncos en los bosques de su querida Vizcaya natal.

Al final de la jornada el invasor había perdido casi la mitad de sus tropas. Un par de días después, el 7 de julio, el teniente general John Whitelocke, comandante supremo del ejército pirata, no tuvo más alternativa que capitular. El orgulloso león inglés regresó a su guarida transformado en un pobre gato cascoteado, mientras Buenos Aires festejaba alborozada la victoria y Manuel Ondárroa volvía a tomar unos amargos en la vereda de su casa, sin hacer caso del crudo frío invernal.

10. UN HÉROE IGNORADO

La guerra de la independencia argentina no fue un “soplar y hacer botellas”. Duró muchos años y supuso enormes sacrificios, perseverancia tenaz y heroísmos sin cuento. Torrentes de sangre tuvieron que verterse para afirmarse definitivamente. Miles de patriotas dieron hasta lo que no tenían para que naciera esta Argentina nuestra, que hoy se debate tristemente entre el ser y la nada, pero que a pesar de todo está llamada a ser una gran nación en virtud de un mandato que le viene desde el fondo de la historia.

Muchos héroes son conocidos, recordados y venerados. Se ha impuesto sus nombres a ciudades y pueblos, calles y plazas, escuelas y buques de guerra, etc., como justiciero homenaje a sus vidas consagradas al nacimiento y consolidación de la patria. Pero hay otros héroes que son completamente ignorados. La tumba del soldado desconocido trata de remediar esa ignorancia, pero ocurre que muchos de esos héroes no fueron soldados sino civiles, ciudadanos comunes y corrientes que no dudaron en inmolarse por la causa nacional. Uno de ellos fue Faustino Fuentes y Arguibel, a quien hoy quiero rescatar del olvido.

*

Don Lorenzo de Fuentes y López Huerta fue un hidalgo avecindado en Buenos Aires en la segunda mitad del siglo XVIII. Se desempeñó como oficial de la secretaría de gobierno y guerra del virreinato del Río de la Plata. Había nacido en Valgañón, pueblo de la Rioja española, pero sus antepasados eran burgaleses y se

en su consecución. Tomás de Iriarte cuenta en sus memorias que conoció a Arguibel en esos años y afirma que era un próspero comerciante que perdió su fortuna al servicio de la causa patriota, muriendo pobre en Buenos Aires. Desempeñaba la función de agente secreto del gobierno argentino y fue enviado por el Director Pueyrredón a Cádiz, junto con Tomás de Lezica, para vigilar y conjurar los preparativos de una expedición realista que intentaría ahogar la independencia recientemente proclamada por el Congreso de Tucumán. Andrés de Arguibel cayó preso en ese tiempo y por tal razón los planes se vieron alterados. Se buscaba la forma de liberarlo sin hallarla, pues la vigilancia a la que estaba sometido era estricta. Entonces Faustino Fuentes tuvo una audaz idea: se disfrazaría de mujer (era de muy finas facciones) y se presentaría como de la familia del preso a visitarlo. Una vez dentro cambiaría sus vestidos con Andrés, facilitándole así la fuga.

La idea de Faustino les pareció descabellada a quienes la escucharon. Por otra parte, los familiares la consideraron un suicidio. Cuando se descubriera la treta lo fusilarían sin más trámites. Hubo una cerrada oposición a semejante propuesta. Faustino era un excelente muchacho. Tenía toda una vida por delante, que le deparaba un futuro promisorio a juzgar por sus dotes de inteligencia, bondad y energía de carácter. No les parecía justo que se truncara un porvenir tan halagüeño. Sin embargo, Faustino rechazó las objeciones con un simple argumento: -La libertad de Andrés es de vital importancia para la causa, y si queremos que ésta triunfe, debemos estar dispuestos a sacrificar la vida por ella. Lo dijo con una convicción que no admitía réplicas, y todos comprendieron que había tomado una determinación inamovible y estaba dispuesto a llevarla a cabo hasta el final, sin medir las

consecuencias personales que le acarrearía. Hubo lágrimas y abrazos, y a continuación Faustino se abocó a ejecutar su plan. Decidió presentarse en la cárcel en la mañana del día siguiente. Sabiendo el riesgo que correría, fue por la tarde a confesarse a la iglesia de san Francisco. Esa noche le costó dormir. Era plenamente consciente de que difícilmente saldría con vida de la misión que su patriotismo le imponía, pero lo tenía asumido y no era eso lo que le quitaba el sueño, sino la preocupación de que Andrés pudiera escapar sano y salvo para cumplir su importante misión de agente secreto.

Al llegar la madrugada, Faustino vistió su disfraz y partió rumbo a la cárcel. En la entrada lo detuvieron los guardias para identificarlo y él presentó el documento fraguado que le habían preparado. Los carceleros lo acompañaron hasta la celda donde se alojaba Andrés. Se corrió un instante de serio peligro porque éste no pudo disimular su asombro ante la presencia de su sobrino disfrazado de mujer. Lo reconoció inmediatamente y casi lo delató pronunciando su nombre en alta voz, pero logró morderse la lengua a tiempo. Cuando quedaron solos se estrecharon en un fuerte abrazo. Faustino le dio a conocer el plan. Andrés se negó a aprobarlo, sabiendo que significaba la muerte de su sobrino, pero éste reiteró el argumento que había expuesto a sus familiares el día anterior. Entonces Andrés, con el corazón apretado pero con la mente puesta en la independencia de la patria, aceptó la idea y cambió sus vestidos con los de Faustino. Ambos estaban emocionados y lloraron un llanto silencioso y viril, de amor fraterno y patriotismo, como expresión cabal de los más altos sentimientos e ideales que los animaba. Llamaron a los guardias. Andrés salió de la celda, atravesó los lóbregos pasillos de la cárcel y traspasó la puerta alcanzando la libertad. El plan resultó

perfecto. Faustino quedó en la celda a la espera de su destino. Cuando descubrieron la maniobra lo fusilaron inmediatamente, sin previo juicio.

Una calle de Buenos Aires lleva el nombre de Andrés de Arguibel en su homenaje. Nada hay en la ciudad que recuerde a Faustino Fuentes. Pero no importa, porque la grandeza de su gesto heroico y patriótico está mucho más allá del recuerdo a del olvido de los hombres.

falsa concepción de la vida espiritual. Habían puesto su centro en las medallas y crucifijos que les colgaban del cuello, en la falsa virtud de encabezar el rezo del rosario o comulgar primero que los demás, y en el afán de estar metidas en todas y cada una de las actividades parroquiales, como si hacer de “jeringa” fuera sinónimo de santidad. Mientras tanto, olvidaban olímpicamente el ejercicio de la caridad y la humildad, virtudes sin las cuales el cristiano se convierte en un fante.

Las dos “beatas” estaban en la Iglesia desde siempre, pero fueron incapaces de avanzar un milímetro por la senda de la santidad, porque su religiosidad era de mucha cáscara y pocas nueces. Sus vidas reflejaban un cristianismo frustrado, de inferior calidad al de uno que no habiendo pisado jamás una iglesia conserva el sentido común, respeta al prójimo y no se pierde en bagatelas. Ya lo decía san Agustín: hay algunos que estando adentro de la Iglesia están afuera, y otros que estando afuera están adentro. No todo lo que brilla en los atrios sagrados es oro. A veces parece que faltan mil ovejas en el rebaño y sobran dos mil. ¡Ser cristianos como estas “beatas” no vale la pena! Pero se trata de las miserias humanas de la Iglesia divina. Menos mal que los santos son una realidad. Ellos presentan el verdadero rostro de la Iglesia y son los que labran su verdadera historia. Lo otro es la anti-historia. Gracias a Dios, los santos han existido a lo largo de los siglos - incluso el nuestro- para ejemplo, consuelo y alegría de todos los cristianos.

Aquí concluyo mi perorata, no sin antes pedirle a Dios que me libre de caer en lo mismo que acabo de criticar.

11. DOS “BEATAS”

En una parroquia de cuyo nombre no quiero acordarme había dos “beatas”. Una era anciana y la otra iba en camino de serlo. Las dos eran devotas de todos los santos habidos y por haber (incluso de aquellos que hasta el mismísimo Padre Eterno desconoce), y de sus cuellos colgaban toda clase de medallas y ampuloso y relucientes crucifijos plateados. Ambas eran de misa y comunión diarias y siempre estaban presentes en el rezo del rosario y en las filas del confesionario. No había triduo, novena, plática o retiro espiritual que dejaran pasar por alto, y por un motivo u otro tenían siempre la imperiosa necesidad de hablar cada dos por tres de sus místicos afanes con el sacerdote, distrayéndolo de sus numerosas ocupaciones.

A juzgar por lo dicho, las dos “beatas” se hospedaban en la séptima morada de santa Teresa, a falta de una octava. Pero las apariencias engañan. Las dos tenían un grave defecto: se odiaban cordialmente y solían trenzarse en poderosas trifulcas, a causa de que pretendían ganarse de mano en el encabezamiento del rezo del rosario previo a la misa y en la recepción de la eucaristía. Es que la más joven había prometido ser la primera en comulgar, y sabiéndolo su rival, trataba de anteponerse en la fila para frustrarle el propósito. En cuanto a la más anciana, aspiraba a dirigir la batuta del rosario, y enterada la otra, intentaba impedirsele con todas las malas artes posibles. Eran batallas libradas diariamente con celo digno de mejor causa. La caballería montaba en cólera, la artillería se prodigaba en cañonazos al por mayor y la infantería corría de aquí

para allá buscando aniquilar al enemigo. Las dos “beatas” eran de armas portar. No sabían ni querían levantar la bandera blanca. La paloma de la paz no era ave de su predilección y el ramo de olivo las dejaba indiferentes. Su único interés consistía en aplastar a la otra como a una cucaracha y poner todos los medios para lograrlo eficazmente. En las peleas por encabezar en rezo del rosario era común escuchar diálogos del siguiente tenor:

-¡Me toca a mí!

-¡No! ¡A mí me toca!!

-¡Que me toca a mí!

-¡No! ¡Que a mí me toca!

-¡Que a mí te dije, bruja del diablo!

-¡Más bruja será la madre que te parió!

-¡Grrrrrr!...

-¡Gruñí cuanto quieras, negra barata!

-¿Negra yo? ¿Y vos quién te crees, la rubia Mireya o Blancanieves?

Y así siguiendo, hasta el hastío.

Gira que te gira la rueda de la sinrazón, las peleas de las dos “beatas” terminaban a punto fijo en el tribunal imparcial del sacerdote, que pacientemente las exhortaba a practicar la caridad; a no dejarse llevar por los arrebatos del momento y a ser tan humildes como para darle a la otra la precedencia sin sentir por ello retorcionas de barriga. Superfluo es decir que las exhortaciones del cura resultaban infaliblemente infructuosas, pues las dos “beatas” eran incorregibles. Bastaba que la anciana y la que iba en camino de serlo se toparan en cualquier rincón de la parroquia, para que saltaran chispas y se produjera una hoguera fenomenal.

El colmo llegó una vez que una de ellas -por litigios de precedencia, claro está- le arrebató a la otra el

rosario de las manos y se lo hizo añicos. Por supuesto, la que había recibido la afrenta fue a quejarse amargamente al sacerdote, pero éste, salido de sus casillas, tronó: -¡Yo no he sido ordenado sacerdote para aguantar este tipo de estupideces, así que términenla de una vez por todas! Ante semejante contundencia la quejosa enmudeció, metió el violín en la bolsa y se fue con la música a otra parte. Al rato llegó la otra a quejarse (y/o justificarse), pero recibió el mismo fuego graneado de parte del curita justamente desquiciado, y también ella se quedó sin palabras, saliendo del despacho con el rabo entre las patas, como perro apaleado.

A raíz del sosegate sacerdotal se estableció entre las dos “beatas” una exigua tregua con sabor a guerra fría. Se palpaba en el aire que en cualquier momento podían estallar las hostilidades con renovado vigor. La coexistencia pacífica acordada entre las dos no era precisamente “la Paz de Cristo en el Reino de Cristo”, sino más bien un “no te mato porque Dios es grande”. Nunca dejó de escucharse -aunque de lejos y en sordina- el eco de los tambores de la guerra. Lo cierto es que la historia de las dos “beatas” se repitió, entre rayos y truenos, sin solución de continuidad, hasta que el curita se alejó de la parroquia y fue a pastorear otras ovejas en un prado lejano...

*

La historia que acabo de contar, estimado lector, es real. No la he inventado ni soñado, y se presta para una moraleja: cuando no se toma la vida espiritual en serio, ésta puede convertirse en una broma macabra, y cuando no vamos a la raíz de nuestro ser cristiano, nos perdemos por las ramas. Las dos “beatas” son un claro ejemplo de lo que afirmo. Ellas creían estar en el camino correcto, pero en realidad se encontraban en un pantano del cual difícilmente podrían salir, ya que estaban demasiado hundidas en él a fuerza de alimentar una

-¡Tata! ¡El “mostro”!...¡Allí, allí, en el centro e’ la laguna!

-¡Cruz diablo, m’hijo! ¡Había tenido razón! ¡Calmesé, que ya mesmo lo voy a dejar como colador con mi escopeta!

El monstruo nadaba plácidamente en línea recta. Luego hizo un círculo perfecto y se zambulló ágilmente en el fondo, para salir al cabo de varios minutos a la superficie, unos cuantos metros más adelante de donde se había sumergido.

Don Rosendo revisó la escopeta cerciorándose de que estaba pronta para disparar, apuntó al monstruo y se quedó un momento centrándolo en la mira mientras contemplaba su desplazamiento, que le pareció bastante grácil para semejante bicho. Después pronunció un ¡Ave María purísima!, que Isidro respondió con el correspondiente ¡Sin pecado concebida!, y disparó al bulto un par de tiros.

-¡Le dí! ¡Le dí!, gritó eufórico Rosendo.

El monstruo se hundió en el agua perdiéndose de vista. Pero es preciso aclarar que no se trataba de un monstruo, sino de un especialista en flora subacuática, que estaba buceando en las lagunas lugareñas en plan de estudio de las variedades regionales. Rosendo e Isidro confundieron el traje impermeable de hombre-rana con el cuero negro de un “mostro”, y el lomo amarillo no era sino el tubo de oxígeno. Cuando Rosendo le disparó, el especialista se sumergió y escapó aterrado nadando hacia la otra orilla, mascullando palabrotas y con el trasero chamuscado por la perdigonada.

12. UN MONSTRUO EN LA LAGUNA

Isidro era un gauchito de once años, de ojos negros como el azabache, piel morena y pelo duro como un cepillo de alambre. Nacido y criado en el campo, le gustaba la caza y la pesca, el aire libre y andar a caballo. Su padre era peón de estancia y su madre una criolla sencilla y buena como el pan. Los tres vivían en un humilde rancho de paredes de barro y techo de cañas, alegres en su pobreza.

Ese día Isidro salió contento de su casa rumbeando a la laguna. Era temprano y la mañana se presentaba radiante de sol. Isidro llevaba su mediomundo y gozaba imaginando la carrada de mojarras que pensaba pescar, saboreando por anticipado la fritanga que su madre haría con ellas al mediodía. Caminando por una senda sombreada de talas y espinillos, hizo el trayecto silbando alegremente hasta llegar a destino, distante dos kilómetros del hogar.

La laguna lo aguardaba con sus aguas tranquilas, que cubrían una superficie de tres hectáreas y eran bastante profundas. Sus orillas estaban pobladas de sauces llorones, y algunas retamas engalanaban el paisaje con una pincelada amarillenta. Una bandada de patos se zambullía retozando en el agua, mientras la suave brisa refrescaba el ambiente y hacía cabecear los juncos. Todo se prestaba para una pesca en forma.

Isidro echó su mediomundo comenzando la tarea. Algún bagre bigotudo se metió en el aparejo sin pedir permiso, pero él lo devolvió al agua indiferente. El balde se fue llenando de a poco con las plateadas mojarras, garantizando el éxito de la próxima fritanga, mientras a

Isidro se le hacía agua la boca. Pero de repente sucedió algo que rompió abruptamente la paz reinante hasta ese momento. Una especie de monstruo se asomó a la superficie. Isidro no pudo distinguirlo nítidamente porque el sol le daba en la cara encandilándolo, pero alcanzó a ver que tenía una piel negra brillante, el lomo amarillo y un tamaño que rondaba cuanto menos los dos metros de largo. Se desplazó velozmente un corto trecho en dirección a la orilla donde se encontraba Isidro, y luego se hundió en la profundidad de la laguna. El chico quedó en primera instancia como una estaca clavada en el suelo, petrificada por el terror, pero después reaccionó huyendo precipitadamente por el sendero que conducía al rancho. Fue una carrera desenfrenada, mirando cada tanto hacía atrás espantado, temiendo que el monstruo se hubiera transformado de acuático en terrestre y lo persiguiera para darle alcance y devorarlo. Llegó a la casa resollando y temblando como una hoja, y gritó:

-¡Tata! ¡Tata! ¡He visto un “mostro” en la laguna!

El padre le contestó con sorna:

-¿Así que ha visto un “mostro” en la laguna, m’hijo?

¿Y qué tan lindo era el mentáu, si puede saberse?

-¡Tata! ¡No me tome en joda que le estoy hablando de en de veras! ¡He visto un “mostro” en la laguna!

El padre de Isidro iba a seguirle en solfa la corriente, pero notó que su hijo estaba realmente asustado, temblando de pies a cabeza y con los ojos fuera de las órbitas. Entonces se puso serio y le preguntó:

-Dígame, m’hijo, qué es lo que ha visto “esatamente” en la laguna.

-¡Un “mostro”, tata, un “mostro”! Era muy grande, de cuero negro y lomo amarillo, y nadaba ligero como un chicotazo. Se me vino al humo y yo rajé pa’ las casas

como si hubiera visto la luz mala o un alma en pena. Se lo juro tata, por la cruz bendita, que le digo la verdá.

Don Rosendo -que así se llamaba el padre de Isidro- quedó pensativo unos instantes, y luego dijo:

-Bien, m’hijo, le creo. Acompáñeme a la laguna. Áura mesmo vamos a ver de qué se trata esta historia del “mostro”. Llevaré la escopeta por si hace falta menear bala. .

-¡Tengo miedo, tata!...

-¡No sea flojo, sotreta, que yo lo traje al mundo pa’ que sea cachorro e’ tigre y no manteca de cacao!.

Montaron a caballo y se dirigieron a la laguna. El pobre Isidro miraba a todos lados con aprensión, atento a cualquier señal que indicara la presencia del monstruo. Don Rosendo iba tranquilo, confiado en su fuerza, en su flete y en su poderosa carabina. Cuando llegaron se apearon y fueron a la orilla, al lugar exacto donde se encontraba el balde con las mojaras, que Isidro había abandonado en su fuga. Todo estaba en calma. Un silencio absoluto reinaba en el ambiente, interrumpido de vez en cuando por el aleteo de algún pájaro o el canto de las chicharras. El agua de la laguna aparecía mansa, sin presentar indicio alguno de anormalidad. Borearon la orilla caminando un buen trecho y luego se detuvieron a observar el agua. Por fin, don Rosendo exclamó:

- Bueno, m’hijo, parece que el “mostro” se fue pal pueblo a hacer las diligencias, porque lo que es por aquí, no se le ve ni la sombra. Volvamos pa’ las casas, y cargue el balde con las mojaras, que hay suficientes pa’ la fritanga.

Estaban por pegar la vuelta, cuando Isidro gritó espantado:

-Te espera un gran futuro, Rodrigo, en la medida en que luches con ardor por conquistarlo. Si eres capaz de amar a Dios con toda el alma, a la patria y la familia más que a ti mismo, entonces nada ni nadie podrá impedirte alcanzar lo que te propongas. Y será aquí, en tu patria, porque es en ella que debes realizar tus sueños. Dios lo quiere. Es verdad que nos han robado la patria, pero tarde o temprano la reconquistaremos. Siempre puede encontrarse lo perdido. El más acendrado patriotismo logrará lo que ahora parece imposible. No lo olvides nunca: la patria te pertenece. Ella no es de los rufianes que la han prostituido, sino tuya y de todos aquellos que tienen el alma limpia y el celeste y blanco en la mente y en el corazón. Ya lo verás: llegará el momento en que la Argentina será restaurada. Las glorias de San Martín, Belgrano, Güemes y Juan Manuel de Rosas nos marcarán el rumbo, y seremos de nuevo independientes como ellos lo quisieron. Vamos a ganar la Argentina para los argentinos, y sacaremos a rebencazo limpio a todos los cipayos y traidores que han mancillado su honor. Ese es tu lugar: una argentina católica y mariana, donde ser nacionalista no sea una mala palabra ni la honestidad sonsera. Pero no busques los beneficios que te pueda brindar la patria, sino más bien el servicio que tú le puedas ofrecer a ella. De esta Argentina que no quiero saldremos doblando el lomo en el trabajo, hincando las rodillas en la oración y blandiendo la espada para darle justicieros mandobles al enemigo interno y externo... ¡Antes morir que ser un vende patria!

-Abuelo, quiero ser soldado en esa batalla, y le juro que lucharé con ardor para reconquistar la Argentina. Gracias por hacerme descubrir mi vocación: luchar por Dios, la patria y el hogar hasta la victoria final.

-Rodrigo: siempre te consideraré un nieto muy querido, pero a partir de ahora te considero también un hermano

13. LA ARGENTINA QUE NO QUIERO

-La Argentina actual no me gusta, le dijo el viejo Anselmo a su nieto Rodrigo, con un dejo de amargura en la voz.

-Pero abuelo, usted me enseñó que hay que ser patriota ¿cómo dice ahora que la patria no le gusta?

-Rodrigo, yo no me contradigo. Te dije que la Argentina *actual* no me gusta, porque poco y nada tiene que ver con la patria que yo aprendí a amar y merecía ser amada.

-¿Y por qué dice eso, abuelo?

-Porque en mis tiempos la Argentina era un país con personalidad, que le rendía culto a sus tradiciones y se distinguía por una dignidad e hidalguía que le venía de sus orígenes... ¡Pero ahora no es así!

-¿Y qué la ha hecho cambiar?

-La muerte de la aristocracia y el nacimiento de la coprocracia.

-¿Qué es la coprocracia, abuelo?.

-El gobierno de la mierda.

-¿Y usted sostiene que ella nos gobierna?

-Ni más ni menos, Rodrigo. Nuestra clase dirigente, salvo raras excepciones, está conformada por una jauría apátrida de corruptos ávidos de dinero, fama y poder, movidos al compás de una sensualidad desenfrenada, encaramados en el poder mediante una democracia sin valores, que es el trampolín idóneo para pegar el salto hacia toda clase de abominaciones.

-¿Y cuales son las consecuencias, abuelo?

-Una Argentina desdibujada, enclenque, sin alma y nervio, carente de méritos. Un gran país transformado en república bananera. Nos han latino americanizado en el peor sentido de la palabra. Hoy el loco Chávez es un referente de primera magnitud en nuestra patria, y esa música para descerebrados que es la cumbia (sobre todo la villera) está suplantando a nuestro genuino folclore nacional. Lo único que nos falta es usar de sombrero un cacho de bananas, vestir camisas de colores chillones y adoptar el “¡joye, chico!” y el “¡chévere!” del septentrión sudamericano.

-Pero hay gente valiosa en la Argentina...

-Sí, pero no aparece. Por eso lo tenemos a Maradona como dios y a Moria Casán como numen intelectual. Nuestra cultura pasa por las “vivezas” de Tinelli, la tilinguería de Mirta Legrán, el arte blasfemo de León Ferrari y el oráculo pastelero de cualquier pelafustán parlante con un micrófono en la mano y una cámara enfocándole la jeta. Somos un país de farándula.

-¿No encuentra ningún avance cultural en la Argentina actual?

-Encuentro que la única cultura que ha progresado es la del robo. Vivimos encerrados como presidiarios en nuestros hogares, mientras los ladrones andan sueltos por las calles, en el congreso, en los ministerios, y paseándose a sus anchas por los pasillos de Balcarce 50. La justicia, con su absurda mentalidad “garantista”, defiende a los delincuentes, haciendo que estos se sientan amparados por la más crasa impunidad. No hay cosa más injusta que la tolerancia ilimitada: la sufren los buenos y la aprovechan los malos.

-¿No es un poco pesimista su visión del país?

-Totalmente. Pero se trata de un pesimismo que parte de la realidad. Para ser optimista en las circunstancias

que vivimos uno tendría que habitar en la luna de Valencia.

-Pero algo bueno debe quedar en nuestra patria...

-Por supuesto. Las glorias del pasado no morirán jamás. Tampoco el mandato de ser una gran nación, que nos viene desde el fondo de la historia y nos obliga imperiosamente en conciencia. Nuestra estirpe cristiana y mariana está indisolublemente unida al ser argentino y tampoco podrá morir mientras quede un criollo de ley por estos lares. Y queda la sangre de nuestros héroes, que nos convoca a la reconquista de la patria...

-¿Qué es para usted la patria, abuelo?

-No es fácil responder tu pregunta, Rodrigo. ¡La patria abarca tantas cosas! Es la tierra de nuestros padres, la nuestra y la de quienes nos sucederán. Es el hogar común de los argentinos. y de todos aquellos que han querido radicarse en esta tierra haciéndola propia. Es el suelo que nos cobija y alimenta. Es templo y escuela, palestra de vida, lugar de trabajo y sacrificio, de sueños y esperanzas, de alegrías e inquietudes. Y es a veces motivo de un gran dolor, cuando vemos que pierde el rumbo y se descasta, traicionada y bastardeada por los cipayos que se agazapan en su seno. La patria es todo eso y mucho más, Rodrigo. Es algo más nuestro que nosotros mismos y vale más que nuestra propia existencia. Por eso tantos héroes dieron su vida por ella, y nosotros estamos obligados a hacer lo mismo, ya sea en el campo de batalla, empuñando un arado, trabajando en la fábrica, la oficina o el taller.. Hay tres valores cuyo amor vale más que la vida: Dios, la patria y la familia. Nuestro mayor honor consiste en servir con empeño y sin retaceos a esos tres valores supremos.

-Abuelo ¿qué futuro me espera a mí, que soy chico, en esta república bananera?

El matrimonio se instaló en el dormitorio principal situado en la planta superior. Tomasa e Inés ocuparon uno contiguo al de sus padres, y Jaime y Marcos el de enfrente. Esa noche se fueron a dormir tarde y cansados, pues la mudanza y las emociones de hallarse en el nuevo hogar los había dejado palmados.

Jaime y Marcos apagaron la luz y se durmieron al instante. Pasada media hora de sueño, una fuerte ráfaga de viento abrió violentamente el ventanal que daba al jardín y volteó un pesado florero de cerámica, que cayó estrepitosamente de la repisa al piso haciéndose añicos. Los dos se despertaron sobresaltados, y cuando Jaime tanteó la pared buscando el botón de la luz, sintió que alguien le pegaba un fuerte cachetazo en la mejilla. ¿Quién podía ser sino Marcos? Jaime reaccionó con ira y le devolvió la “gentileza”, pero Marcos exclamó entre enojado y sorprendido:

-¿Estás loco? ¿Por qué me pegas?

-No te hagas el gracioso: tú me pegaste primero.

-¿Yo? ¡Yo no te pegué, imbécil!

-¿No? Entonces quién fue, ¿un fantasma?

-¡Te dije que yo no te pegué!. Lo habrás soñado...

-¡Soñado!...Bueno, acabemos. Cerremos el ventanal, recojamos los pedazos del florero y tratemos de retomar el sueño. La seguiremos mañana.

Entre tanto, en el dormitorio de Tomasa e Inés, sin que ningún ventanal se abriera ni soplara ráfaga alguna, un enorme espejo biselado que colgaba de la pared cayó saltando en mil pedazos. Las chicas se despertaron aterradas y comenzaron a gritar. Armando, Dolores, Jaime y Marcos saltaron de sus camas y fueron a ver qué ocurría, pero en ese momento se produjo un apagón y quedaron los cuatro a ciegas en el pasillo. Armando dijo:

combatiente de la noble Causa Argentina...¡Viva la Patria, Rodrigo!

-¡Viva la Patria, abuelo!

Un abrazo rubricó la patriótica conversación de abuelo y nieto. Un sentido abrazo argentinista, cordial y macho, como el de San Martín y Belgrano en la Posta de Yatasto.

14. LA MANSIÓN DEL FANTASMA

La mansión tenía fama de estar habitada por un fantasma. Me dirán que los fantasmas no existen y les daré la razón, pero no en esta ocasión en que se trata de algo verdaderamente excepcional, que rompe todos los esquemas del pensamiento y las creencias. De hecho, sus últimos dueños no creían en ellos y terminaron huyendo de ese lugar al constatar su presencia, y lo mismo les había ocurrido a los habitantes precedentes. Ahora les tocaba en suerte a los nuevos inquilinos experimentar el extraordinario fenómeno.

*

Armando Paredes consideró que el precio a pagar por la compra de la casa era una ganga. Con tal de desprenderse de ella los dueños la habían puesto en venta a un precio irrisorio, si se tiene en cuenta que era un gran edificio de dos pisos y catorce habitaciones, con una enorme sala, un comedor igual y numerosas dependencias. Tenía más de dos siglos de antigüedad, pero se conservaba en excelente estado. Estaba sólidamente construida en estilo inglés y era bastante confortable, aunque lóbrega.

Armando, su mujer -Dolores- y sus hijos Jaime, Tomasa, Marcos e Inés, estaban felices con su nueva residencia, a la que se trasladaron ni bien pudieron. La compra incluyó los viejos muebles, entre los que se contaban un piano de cola, un pintoresco reloj cucú, sillones, mesas, cómodas y armarios antiquísimos, y un gran escudo de armas atravesado por espadas colgando sobre la chimenea.

-Aguárdenme hasta que vuelva con la linterna. No se muevan para evitar tropezones y caídas.

Ni bien terminó de decir esto, pisó el borde de la escalera y se precipitó rodando por ella hasta el fondo, quebrándose un par de costillas y golpeándose fuertemente la cabeza.

Los otros, espantados, no atinaban a reaccionar. Por fin, Dolores fue a buscar la linterna. Después de tantear en la oscuridad un buen rato la encontró, pero advirtió que no tenía puestas las pilas, lo cual le llamó poderosamente la atención. Desesperada, siguió tanteando hasta encontrar una vela, y luego vino otro tanteo más hasta dar con los fósforos. Con manos nerviosas encendió la vela, pero un soplido extraño la apagó. Un frío le recorrió la espalda. La encendió otra vez y salió al pasillo. Todos bajaron por la escalera para auxiliar a Armando, que se quejaba del dolor. Pero se olvidaron de Tomasa e Inés, que seguían gritando en el cuarto. La situación era caótica. ¿Qué estaba pasando? ¿Cómo era posible tanta mala suerte junta? ¿Por qué se agrupaban en tropel los accidentes?

Tomasa e Inés redoblaron sus gritos de terror cuando sintieron una presencia misteriosa en el cuarto, que se manifestó en un súbito aire gélido y en el crujir del piso de madera. Al escucharlas, Dolores, Jaime y Marcos comenzaron a subir por la escalera al encuentro de las chicas, pero los ayes de dolor de Armando los hacía volver donde éste se encontraba. Iban y venían sin saber qué hacer y el miedo los ganaba a cada instante. Sobreponiéndose, Dolores le dijo a Jaime que se quedara con su padre y a Marcos que la acompañara hasta la habitación de Tomasa e Inés. Cuando llegaron por la escalera al piso superior, sintieron olor a quemado. El corte de luz había sido producido por un cortocircuito. Las chispas saltaron a un cortinado y éste comenzó a arder. ¡Era lo único que faltaba! Pero todavía

quedaban eslabones por recorrer en la cadena de la desgracia. Manotearon desesperados el matafuegos...¡y estaba vacío! Quisieron llamar a los bomberos...¡pero el teléfono no funcionaba! Armando seguía emitiendo ayes de dolor en la planta baja. Tomasa e Inés gritaban como energúmenas en su dormitorio sin que nadie viniera en su auxilio. Dolores, Jaime y Marcos seguían yendo y viniendo sin rumbo fijo, chocándose entre sí, como remedando la típica escena de las películas de “Los tres chiflados”. El incendio se propagaba. Parecía que todas las tragedias del mundo se habían concentrado en aquella vieja casona de estilo inglés. Pero faltaba el último eslabón de la cadena maldita. En medio del pánico que los atenazaba a todos, cuando ya ni la imaginación podía inventar un infortunio mayor, se escuchó una fantasmagórica carcajada que retumbó en toda la casa helándoles la sangre. Dolores, Jaime y Marcos corrieron enloquecidos a la habitación de Tomasa e Inés, y los cinco bajaron a los tumbos por la escalera al encuentro de Armando, y ayudándolo a levantarse huyeron de allí precipitadamente, sin rumbo fijo, disparando hacia cualquier lugar que los alejara de la tétrica mansión.

*

Hoy la vieja casa se encuentra deshabitada. Nadie se atreve a alojarse en ella, ni siquiera quienes niegan la existencia de los fantasmas. La historia de Armando Paredes y su familia corrió como reguero de pólvora, y hasta el más corajudo invoca razones prudenciales para no traspasar el dintel de la mansión. Mientras tanto, algunos juran que a veces la casa se ilumina con una luz mortecina y se escuchan en ella ruidos extraños y tenebrosos, como de ultratumba. ¡Vaya uno a saber qué hay de cierto en todo eso! Sea como sea, no seré yo quien intente averiguarlo. Bastante tengo ya con

enfrentar las vicisitudes cotidianas como para meterme a lidiar con fantasmas...¡si los hay!

sostengo que es la peor estación del año. La odio desde chico, cuando al llegar ese tiempo malhadado se me llenaba la cara de granos y mis compañeros de clase me apodaban “choclo”. Por otra parte, siempre la asocié con los exámenes de fin de curso, la carga de horas extras de estudio, los nervios, temores e incertidumbres ante la perspectiva del bochazo liso y llano y la prolongación de la agonía hasta marzo.

Muy romántico lo de las florecillas y el verdor primaveral, pero yo soy alérgico al polen y cada vez que llega la estación me congestiono, se me cierran los bronquios, respiro mal, tengo ataques imparable de estornudos y me siento como la mona, o peor que la mona misma. Las únicas flores que tolero son los girasoles de los cuadros de Van Gogh.

Para mí la primavera es el ocaso del bienestar, la alergia invasora y los malos recuerdos escolares...¡Detesto la primavera!

*

OTOÑO. El optimista: ¡Me encanta el otoño! ¿Hay algo más sugestivo que el dorado otoñal y la danza de las hojas caducas desprendiéndose de los árboles para alfombrar la tierra? El otoño tiene una mágica coloración propia; un no sé qué de bucólico y melancólico que invita al reposo interior y a la meditación. Es la estación más serena, capaz de tocar las cuerdas delicadas del alma para extraerle sus recónditas melodías. Otoño y paz son sinónimos. Disfruto de los ocasos otoñales, cuando la pálida luz del sol, antes de extinguirse, tiñe de dorados y arreboles el cielo del poniente; y esos amaneceres frescos en los que el rocío perla los prados y las flores, brillando como diamantes a la luz del sol naciente.

¡Qué estación maravillosa! Plácida, sosegada, diáfana, con duende...¡Me encanta el otoño!

15. LAS CUATRO ESTACIONES

(El pesimista y el optimista)

INVIERNO. El optimista: ¡Me encanta el invierno! Pocas cosas hay tan agradables como estar al calor del hogar viendo arder los leños, con un libro en una mano y un vaso de añejo whisky escocés en la otra, mientras afuera el frío muerde las ventanas.

El frío se combate fácilmente: una gruesa camiseta, calzoncillos largos, un sweater lanudo con el cuello hasta las orejas, un gorro ruso de astracán o la clásica boina vasca para cubrir la cabeza, medias de lana y unas botas forradas para abrigar los pies, que son de los miembros más sensibles a las bajas temperaturas, y frío...¡si te he visto no me acuerdo! Revestido con esa coraza térmica estoy como una pascua y hago de cuenta que es otra la estación del año. Y llegada la hora de acostarse, meterse en la cama y acurrucarse en ella entre sábanas inmaculadas y al abrigo de dos o tres frazadas es casi un poema, lo mismo que cuando cae la nieve cubriendo el paisaje con su blanco manto, ofreciendo uno de los espectáculos más grandiosos de la naturaleza...¡Me encanta el invierno!

El pesimista: ¡Detesto el invierno! Las noches tempranas, los árboles pelados, el pasto seco...¡puaj! Los resfríos a la orden del día, la gripe al acecho y un constante lavado de pañuelos. Andar tiritando y castañeteando los dientes es insoportable, y los sabañones son un verdadero incordio. Asearse cuesta el doble y nuca falta el chiflete que te cala los huesos al salir de la ducha. Todo es gris en el invierno. Todo es aburrido, tétrico y opaco.

El frío me paraliza, me acorrala, me limita, me hace sentir como una momia en su sarcófago. Cuando es muy intenso siento que hasta el cerebro se me congela y me cuesta pensar.

Lo único rescatable del invierno es su finitud. ¡Menos mal que se acaba! No tengo vocación de cubito de hielo...¡Detesto el invierno!

*

VERANO. El optimista: ¡Me encanta el verano! Es un placer vestir ropa ligera, beber bebidas frescas, bañarse en el mar o en la pileta, echarse a la sombra de un árbol y contemplar el paisaje, o dormir la siesta arrullado por el cadencioso ventilador de techo.

La naturaleza cobra toda su intensidad en el verano. Es un estallido de colores y de vida, al que le ponen música las chicharras y los grillos en diurnas y nocturnas serenatas. El verdor de los prados y arboledas engalana el paisaje y nos recuerda la bondad de la esperanza. Todo es maravilloso en el verano. Lo es el sol radiante que brilla en el azul zafiro del cielo, pero también el nocturno titilar de las estrellas junto a la redonda luna plateada. La brisa fresca que mitiga el rigor del clima parece un soplo angelical, y los chubascos pasajeros que lo atemperan se descuelgan del cielo como mensajeros de un Dios complaciente con el estío...¡Me encanta el verano!

El pesimista: ¡Detesto el verano! No soporto andar chivado hasta la médula, sudando la gota gorda y sintiéndome arrollado por la aplanadora del calor. El mar no es para mí un buen recurso para paliar el infierno estival. Las veces que fui me sacaron carpiendo las aguas vivas y casi me tragaron las olas. En cuanto a las piletas, ni hablar. Son anti higiénicas, constituyendo un verdadero semillero de enfermedades. Además, cuando hay chicos se convierten en mingitorios gigantes, y eso

de nadar entre orines no me causa ninguna gracia. Para peor, ni la ducha ayuda a combatir el calor. El sol calienta las cañerías y el agua fría sale hirviendo, de modo que cuando uno termina de bañarse se encuentra como antes de comenzar, o aún peor.

¡Y no me vengan con que en verano hay que tomar mucho líquido para aplacar la sed y no deshidratarse!. El líquido liquida, no siento bien, infla la panza como un sapo y contribuye a producir la famosa diarrea estival...¡puaj!.

El verano y su calor son, en síntesis, una porquería. El viento norte te pone loco, la humedad te mata y los mosquitos -miserables dráculas alados- te chupan la sangre y te quiebran la paciencia...¡Detesto el verano!

*

PRIMAVERA. El optimista: ¡Me encanta la primavera! Es la estación más maravillosa del año, algo así como el símbolo de la eterna juventud. La vida parece renacer en ella con brío incontenible. Los campos se visten de verde, los árboles se pueblan de hojas, las flores estallan en mil colores alegrando y embelleciendo el paisaje, mientras los pájaros lo animan con sus trinos armoniosos y las mariposas lo surcan gráciles y embelesadas.

El clima primaveral es templado, inmejorable, ideal. La primavera es el tiempo de retozar, de admirar la creación y dar libre curso a la vena poética que todos llevamos dentro. Tiempo de poesía y romanticismo, de gozo y plenitud, de frescura y creatividad. Si no existiera la primavera, habría que inventarla. No se concibe la vida sin ella. Dios sabía lo que hacía cuando la creó, y yo considero que fue una de sus mejores obras...¡Me encanta la primavera!

El pesimista: ¿La primavera?...¡puaj! No me vengan con pamplinas. Contra la vulgar opinión común, yo

Era alegre y bonachón y tenía una increíble capacidad de resignación, además de fortaleza, porque no cualquiera hubiera resistido lo que él tuvo que soportar.

Un día que iba vagando por las calles de la ciudad, Pichicho se topó con un hombre que venía caminando por la vereda con una bolsa en la mano. De la bolsa emanaba un maravilloso olor a carne fresca y Pichicho sintió que se le hacía agua la boca. El hombre venía de la carnicería y regresaba a su casa con la intención de hacer un asado. Pichicho lo siguió por detrás, a cierta distancia, pues las experiencias que hasta ahora había tenido con los seres humanos le habían enseñado a ser precavido. Cuando el hombre llegó a casa hizo el amague de entrar, pero en ese momento descubrió la presencia del perro y se detuvo a observarlo con curiosidad. Entonces Pichicho movió la cola y se paró graciosamente en dos patas, girando a continuación sobre su propio cuerpo para culminar la pirueta con un simpático y amistoso ladrido. Semejante monada fue suficiente para ganarle el corazón a aquel hombre, que por lo demás era bastante perrero. Abrió la bolsa, sacó un pedazo de carne y se lo tiró al hambriento can, el cual lo cazó en el aire y se lo devoró en un santiamén. Nunca había probado un manjar tan exquisito. En agradecimiento, repitió la pirueta hecha anteriormente y movió la cola con mayor intensidad. Al hombre le causó mucha gracia y pensó: “No tengo perro y éste me gusta...¡me quedará con él!”. Y así Pichicho encontró un dueño amable, una cucha confortable y un bienestar que fue todo un descubrimiento, pues nunca lo había experimentado.

Los días transcurrieron felices desde entonces. El hombre, su mujer y los tres hijos se encariñaron con el nuevo huésped, que pronto se hizo uno más de la familia, llenando de alegría el hogar. Aprendió a dar la pata, hacerse el muerto y traer el diario. Creció mucho y

El pesimista: ¡Detesto el otoño! Es la más aburrida de las cuatro estaciones. Ni chicha ni limonada...¡la esencia de la mediocridad! Un si hace o no hace frío; un si hace o no hace calor, y encima esas inmundas hojas secas volando estúpidamente al conjuro del viento, ensuciando toda la comarca. Y de yapa, algunos vecinos desaprensivos que se dedican a quemarlas llenando de humo y mal olor el barrio, como si fueran Robinson Crusoe viviendo en su isla solitaria.

El otoño es semejante a la decrepitud y la muerte. Tiene algo de cadavérico en su entraña. La naturaleza lo delata en el gris deprimente que lo envuelve y caracteriza. Si yo fuera asesino mataría en otoño, porque el otoño presta el marco ideal para el crimen...¡Un asco sin atenuantes!...¡Detesto el otoño!

*

Ni el optimista ni el pesimista daban en la tecla. Uno por verlo todo color de rosa y otro por verlo todo negro.

Si al optimista le presentaran un día el diablo, ponderaría el lustre de sus cuernos y la prestancia de su color rojillo. Si al pesimista le regalaran la luna, criticaría sin ambages la fealdad de sus cráteres.

Ambos se subordinaban a la ley del péndulo, que lleva de un extremo al otro haciendo perder de vista la objetividad e impide centrarse en el justo medio o equilibrio de lo superior.

Si bien se mira, las cuatro estaciones tienen sus pro y sus contra, pero se combinan maravillosamente para matizar la vida y enriquecerla con su diversidad.

El optimista decía: ¡Me encanta el invierno, la primavera, el verano y el otoño! El pesimista afirmaba: ¡Detesto el invierno, la primavera, el verano y el otoño! ¡Pelmazos los dos! ¡Extremistas los dos!

Ni encanto ni detestación. Hay que aprender a vivir conformes con “el sereno, nublado y todo tiempo”, dándole gracias a Dios por todo, como san Francisco de Asís en su “Cántico de las criaturas”, sin cargar las tintas en los pro ni en los contra, con un saludable espíritu de aceptación.

Ahora, eso sí: los mosquitos...¡qué molestos son!

16. PICHICHO

Pichicho nació en un tibio atardecer de abril. Vino al mundo junto con nueve hermanos. Sus padres fueron un perro vagabundo y una perra ídem, lejos los dos de tener los trazos definidos de una raza. En su árbol genealógico se encontraban ancestros de policía, collie, gran danés, doberman, siberiano, salchicha y pekinés. Pichicho era, sin atenuantes, una ensalada rusa canina.

La persona que los encontró a él y a sus hermanos en el descampado en que habían nacido se compadeció de ellos. La madre de los cachorros había desaparecido y estos estaban famélicos. Aunque con pena, pensó que lo mejor que podía hacer para que no sufrieran era meterlos en una bolsa y tirarlos a una acequia para que se ahogaran. Así lo hizo, y los pobres cachorros dejaron este mundo a poco de haber nacido...¡menos Pichicho! Fue el único que escapó con vida de la trampa mortal, sin que se sepa hasta ahora cómo pudo librarse de compartir la negra suerte de sus hermanos.

Solitario e indefenso, anduvo merodeando por la zona sin rumbo fijo, tratando de alimentarse con cualquier comestible que se le cruzaba en el camino. Gusanos, cucarachas, lauchas y pájaros formaron parte del menú.

Esos primeros meses de vida fueron muy duros para Pichicho. Sólo y abandonado, padeció hambre y sed. Fue cascoteado por los chicos malos del barrio y echado sin piedad de todas partes. Conoció la dureza de los garrotazos que le propinó un hombre malhumorado, y también los escobazos que le surtió una vieja histérica que barría la vereda. Pero sin embargo de tanta adversidad, a Pichicho nunca se le avinagró el carácter.

se convirtió en un lindo perro de peludo pelaje amarillo, la panza blanca, los ojos vivaces y expresivos, y una agilidad asombrosa. Sus entretenimientos favoritos eran jugar con los chicos a la pelota, correr gatos y galantear a las perritas del lugar. Se hizo amigo de todos los congéneres del vecindario, que parecían respetarlo como su líder, y la gente del barrio lo quería de un modo especial.

Una noche de invierno en que la familia se hallaba durmiendo, entraron dos ladrones a la casa. Saltaron por un tapial al patio y comenzaron su tarea sigilosamente. Pichicho estaba durmiendo en el jardín y no escuchó ningún ruido, pero sí lo oyó el dueño de casa, que se despertó sobresaltado y fue a ver que ocurría. Cuando salió del dormitorio lo ció uno de los delincuentes, que se le echó encima. Trató de zafar para meterse de nuevo en el cuarto en busca de un arma, pero no pudo lograrlo. El asaltante lo sujetó con fuerza, y fuera de sí, le clavó el cuchillo en el estómago. El pobre hombre cayó al piso y comenzó a desangrarse. La mujer y los niños, al escuchar ruidos y gritos, quedaron paralizados por el pánico...¡ pero Pichicho no! En cuanto sintió el alboroto, intuyó que algo grave ocurría y se lanzó como un misil hacia el ojo de la tormenta, saltando y derribando al delincuente y clavándole sus colmillos en la mano que sujetaba el cuchillo, desarmándolo al instante. Pichicho no dejó miembro del desgraciado sin morder: le arrancó media oreja y un cuarto de nariz, y en la barbilla y las cejas le hizo unos tajos regulares. El mordisco en el ojo derecho fue de antología y el de la nuca también. El hombre quedó desmayado, mientras el otro delincuente huía despavorido. Pichicho se acercó al dueño, le lamió la cara y luego salió disparando hacia una casa vecina en busca de auxilio. Rascó la puerta, ladró fuerte, se paró en dos patas y giró sobre su propio cuerpo para llamar la atención, y lo logró. Los vecinos fueron a ver

qué pasaba y descubrieron el lamentable cuadro que se presentaba: el dueño de casa malherido, el delincuente también, y la mujer y los chicos desesperados y presas del terror. Llamaron a la comisaría y al hospital, y al rato llegaron un par de patrulleros y ambulancias y la pesadilla comenzó a diluirse.

El amo de Pichicho permaneció unos días internado y luego regresó a su casa, pues lo suyo no había sido tan grave como se temía. Lo del delincuente fue peor: pasó una buena temporada en el hospital y después fue a dar con sus huesos a la cárcel, conservando por el resto de su vida las marcas de unos filosos colmillos justicieros.

La historia tuvo un final feliz, pero faltaba la yapa. Un día en que Pichicho y su dueño iban caminando por la calle, se cruzaron con un hombre de aspecto poco recomendable, que al verlos trató de ocultar su cara con un periódico que llevaba en la mano. Pero el hombre no contó con el olfato de Pichicho. Era el delincuente que había escapado la noche del asalto. Olfatearlo, erizársele los pelos y saltar contra él fue todo uno en el noble can. Casualmente pasaba por el lugar un patrullero, y al ver la escena, los policías se acercaron y completaron la obra, llevándose al delincuente a la comisaría.

Al trascender la hazaña, los miembros de la unión vecinal, en sesión extraordinaria, decidieron organizar un solemne acto para otorgarle a Pichicho la medalla al mérito. Todo el barrio se hizo presente en la ocasión. Había un extraordinario clima de fiesta en el salón. En las butacas de la primera fila ocuparon su lugar el intendente, el jefe de policía, el cura párroco y otros representantes de la comunidad. Un gran retrato de Pichicho presidía el acto, y cuando éste hizo su ingreso triunfal al salón, la muchedumbre se puso en pie y aplaudió entusiasta. Llevado por su dueño, al llegar al estrado le entregaron la medalla. Entonces Pichicho

movió la cola, se paró en dos patas, giró sobre su propio cuerpo y emitió un cordial ladrido de agradecimiento. La ovación de los presentes puso el broche de oro a la tocante ceremonia.

Un día, caminando por la playa, encontró una botella. Contento por el hallazgo, la llevó a su cabaña pensando que le serviría para muchas cosas. Como le sobraba tiempo, había fabricado ya numerosos cacharros, pero una botella era un lujo con el que no imaginó contar. ¿Qué hacer con ella? ¿Qué utilidad darle? En eso estaba cavilando, cuando tuvo una idea peregrina. Conservaba un papel y un lápiz que había salvado del naufragio, y se puso a escribir lo siguiente:

“Soy Dionisio Ayerbe, natural de Lekeitio, Guipúzcoa, Euskadi. Naufragué en mi yate “Elkano” el 7 de julio de 1950 y me encuentro en una isla desierta del Pacífico cuyo nombre y coordenadas ignoro. No quiero que me busquen ni me rescaten. Vivo feliz aquí. Tengo todo lo que necesito. Nada me falta. Vivo feliz aquí, y lo digo por segunda vez porque con una sola no alcanza. En la belleza y soledad de esta isla he podido coronar mis anhelos. Al que encuentre este mensaje le pido que lo transmita a mis familiares y amigos de Lekeitio. Ojalá también ellos sean felices como yo, aunque es difícil lograrlo en la frialdad del cemento y el fragor de las muchedumbres. Jaungoikoa nos bendiga a todos. Agur”.

Dionisio metió la carta en la botella, que tapó con un corcho improvisado y arrojó al mar para que llegara a donde Dios quisiera, y se marchó isla adentro canturreando el “Boga, Boga”, vieja canción marinera de su tierra natal.

Aunque parezca mentira, cuatro años después la botella llegó a...¡Lekeitio! La encontró un viejo que, nostálgico, estaba contemplando el mar en el puerto de los pescadores. Cuando leyó la carta se quedó petrificado, pues conocía a Dionisio y lo creía muerto desde que no se supo más de él. La noticia del hallazgo corrió por el pueblo como reguero de pólvora. Todos se alegraron al enterarse de que Dionisio vivía, pero nadie atinó a ir en su búsqueda y rescate, porque consideraron

17. UNA CARTA EN LA BOTELLA

Muy triste estaba la tarde de aquel día. Un cielo plomizo cubría con su manto gris la región del océano Pacífico por la que navegaba solitario Dionisio Ayerbe, marino guipuzcoano de mil singladuras e infinidad de puertos, que hacía tiempo se había lanzado a recorrer los mares en su pequeño yate en busca de aventuras y soledad, cansado ya de pisar tierra firme.

Empuñando el timón, contemplaba extasiado la grandiosidad del paisaje circundante, respirando a pleno el aire puro del mar mientras una suave brisa le acariciaba el rostro. En su mente se entrecruzaban pensamientos, recuerdos, ideas y reflexiones que iban desde lo más elevado hasta lo más banal. Pasaba de pensar en Dios a pensar en las papas “en su gabán” que cocinaría dentro de poco para saciar su voraz apetito marinero. Sin embargo, prevalecían los pensamientos elevados. El contacto con la naturaleza y su esplendor le hacían presente a Dios, autor de la creación. Dionisio era un hombre de fe. De fe un poco rudimentaria, si se quiere, pero fe al fin. Y en el rudimento de su fe se encerraba una gran sabiduría que le impedía dispararse al infinito en intrincadas disquisiciones teológicas, de esas que a veces culminan en el ateísmo por estúpido exceso. Dionisio contemplaba la inmensidad azul del mar y eso le bastaba para creer en Dios sin chistar, porque no concebía que semejante maravilla fuera fruto del acaso. No era un hombre instruido, pero tenía olfato católico y sentido común. Nada sabía acerca de las procesiones intra trinitarias ni de los pormenores de las operaciones ad extra realizadas en conjunto por la

Santísima Trinidad, pero creía con la fe firme del carbonero en Dios Padre, Dios Hijo y Dios Espíritu Santo, y era tan inmovible en su creencia, que más de un sabiondo doctorado en la universidad gregoriana tendría derecho a envidiarlo.

Al paso de las horas el cielo plomizo se oscureció más y más. Densos nubarrones negros aparecieron en el horizonte amenazando tormenta. La brisa se hizo viento y el viento comenzó a encrespar las olas y a sacudir la nave. Viejo lobo de mar, Dionisio se dispuso a enfrentar el clima adverso con la misma calma de siempre. No era la primera vez que lidiaba contra el viento y las olas. Confiaba en su experiencia, en su pulso firme y en su coraje y terquedad para plantarle cara a la tempestad. Pero ahora la borrasca se desataba con toda su furia. El viento era huracanado y las olas parecían monstruos hambrientos queriendo devorar el yate. Dionisio luchó a brazo partido hasta que una ola gigante se tragó la nave, que al volver a la superficie parecía un vestigio de lo que había sido hasta entonces: el mástil partido, las velas destrozadas, el timón loco, la brújula inerte, el casco resquebrajado y la cubierta haciendo agua a raudales. Dionisio estaba perdido. El yate se había asomado para decir adiós y luego hundirse en la profundidad del mar. Entonces Dionisio, ligero como un rayo, se puso el salvavidas y se arrojó al agua, tomando distancia del naufragio para salvar su vida. Pasó varias horas a la deriva en plena noche, entumecido por el frío y sin saber qué sería de él, pero confiando ciegamente -con su fe de carbonero- en que Dios le daría una mano para zafar de la crítica situación en la que se encontraba. Las papas “en su gabán” podían esperar. No había tenido tiempo de cocinarlas y el hambre lo atenazaba, pero ahora la prioridad era otra: llegar a tierra firme y resguardar el pellejo. Después, Dios proveería.

A la luz del amanecer, Dionisio avistó en el horizonte el perfil de una isla. No le resultaría fácil llegar a ella porque se encontraba a mucha distancia y él estaba en el límite de su resistencia, pero divisarla le sirvió para recobrar energías y ponerle alas a la esperanza. Se dejó llevar por una corriente favorable, nadó sosegadamente para evitar acalambrarse, y así fue que llegó a la playa costera de la isla, cuando el sol del atardecer buscaba el horizonte para ocultarse.

Dios le había echado una mano a Dionisio para premiar su fe de carbonero, pero ahora el marino debía ingeniárselas para sobrevivir en aquel lugar hasta que alguien viniera a rescatarlo. Aprovechó el poco tiempo de luz solar que quedaba para hacer un reconocimiento del terreno. Descubrió un manantial de agua dulce y una gran variedad de frutos silvestres comestibles. La supervivencia estaba garantizada. Además, Dionisio era ducho en fabricar anzuelos para pescar y trampas para cazar pájaros y animales terrestres, con lo cual obtendría un respetable menú. Lo que más lo alegró fue encontrar numerosos panales cuajados de miel, ya que él tenía un paladar dulcero como pocos.

Al llegar la noche, Dionisio cayó rendido por el cansancio y se durmió a la intemperie, bajo un clima tibio que acunó su sueño. Al día siguiente se despertó renovado. Contempló el paisaje de la isla y se quedó encantado con el verdor de sus pastos, la frondosidad de sus arboledas, la gracia de sus colinas y ese silencio que sólo interrumpían el trinar de los pájaros y el murmullo del mar. Y Dionisio se sintió feliz. Mientras construía una cabaña, consideró que había encontrado lo que buscaba cuando se lanzó a recorrer los mares en su pequeño yate: aventuras y soledad. Aventuras fueron la navegación y el naufragio, y soledad la que ahora gozaba en aquella isla desierta que parecía un rincón del paraíso.

víboras se abocaron al rastillaje de la zona en plan de cacería. Poco a poco fueron encontrando a las temibles serpientes, que una vez detectadas iban cayendo en las redes que las reconducirían al encierro.

De acuerdo con los datos suministrados, las víboras eran treinta y seis. Angustiados y temerosos, los cazadores iban contando a medida que las cazaban: una, dos, tres... Y fue así que todas fueron recuperadas, menos una coral que no aparecía por ninguna parte. La muy astuta eludió todas las acechanzas, escondiéndose primero debajo de un auto estacionado en la esquina, y luego en un cantero florido. Cuando cansados de buscarla todos se retiraron, ella siguió su marcha reptando sin rumbo fijo y al sólo efecto de alejarse del peligro que la amenazaba. Amparada por la oscuridad de la noche y guiada por su instinto de supervivencia, tomó por Sarmiento hasta llegar a 25 de mayo, y siguiendo por esa calle y bordeando la imponente estructura del Banco de la Nación Argentina, desembocó en la histórica Plaza de Mayo. Le llamó la atención un gran edificio rosado, que no era otro que la casa de gobierno situada en Balcarce 50. Hacia allí orientó su marcha la coral en busca de refugio, logrando introducirse en ella por una rendija, sin que lo advirtieran los granaderos que estaban de custodia. Siguió reptando y recorrió las distintas dependencias de aquel inmenso caserón de estilo arquitectónico un poco anodino. Pasó por el salón blanco, el salón dorado y diversos pasillos y galerías, y se topó con el despacho presidencial. Optó por quedarse allí, oculta debajo del escritorio del presidente de la República. Consideró que aquel lugar era seguro y se echó a dormir rendida por el cansancio, reviviendo en sus sueños las escenas infartantes que había protagonizado desde que los empleados del Malbrán la habían atrapado en el monte entrerriano. Era plena noche y la casa de gobierno estaba desierta, de

que no tenían derecho a truncar la felicidad de que gozaba en aquella isla en la que había podido realizar sus sueños.

18. LA CORAL DESVENTURADA

La Trafic blanca del instituto Malbrán se trasladaba raudamente por la avenida Leandro N. Alem. Transportaba un cargamento de serpientes venenosas, que al llegar al laboratorio serían “ordeñadas” para elaborar sueros antiofídicos. Cobras, cascabeles, yararás y víboras de la cruz viajaban por separado, cada especie en su respectiva caja convenientemente cerrada. La cosecha de ofidios había sido exitosa en Entre Ríos, y era precisamente de allí que venía la Trafic a toda velocidad, colmada de “simpáticos” pasajeros de cimbreante lengua bífida, movimientos ondulatorios horizontales, marcha zigzagueante y colmillos inoculadores de veneno de alta toxicidad.

Cuando cruzaban la avenida Corrientes se produjo el reventón de uno de los neumáticos delanteros. El conductor clavó los frenos y giró bruscamente el volante tratando de equilibrar la marcha enloquecida del vehículo, pero la maniobra resultó inútil y la Trafic se estrelló violentamente contra el edificio del Correo Central. Tanto el chofer como su acompañante salvaron milagrosamente la vida, aunque sin librarse de algunas quebraduras de huesos, contusiones varias, y sobre todo numerosos y prominentes chichones. Pero lo más grave fue que como consecuencia del duro impacto, las cajas que contenían las víboras se abrieron y éstas aprovecharon la ocasión para escabullirse rápidamente, felices de reencontrar la libertad perdida.

A poco de ocurrido el accidente llegaron al lugar policías, enfermeros, bomberos, personal del Malbrán y curiosos al por mayor, que enterados del escape de las

modo que las circunstancias eran propicias para que la coral pudiera dormir a sus anchas, sin experimentar - pesadillas a un lado- los sobresaltos de los últimos días.

Las horas nocturnas siguieron su curso y dieron pie al amanecer, que llegó cuando el sol se asomó en el horizonte y comenzó a iluminar la ciudad. Sus rayos penetraron por los ventanales del despacho presidencial pero no alcanzaron a despertar a la coral, porque -como es bien sabido- las víboras son en general extremadamente dormilonas.

Transcurrido un par de horas, la casa comenzó a poblarse de ruidos. Eran los empleados que llegaban para iniciar sus tareas cotidianas. Ministros, secretarios, subsecretarios, secretarios de los secretarios y subsecretarios, asistentes varios, taquígrafos, encargados de la limpieza y mozos repartidores de café, iban ocupando su puesto en el enorme panel de la ineficiente burocracia estatal pagada por los contribuyentes. Por último llegó el presidente de la República. Antes de entrar al despacho se entretuvo en la antesala conversando con sus chupa medias. No faltaron las críticas a la Iglesia por negarse a ser felpudo del oficialismo, borrega del pensamiento único y lacaya del montoneril poder hegemónico.

Terminadas las diatribas anticlericales y ya en su despacho, el presidente se sentó frente al escritorio y comenzó a leer los diarios en plan de información, buscando de paso resquicios para darle con un caño a Joaquín Morales Solá y otros periodistas no complacientes. Después se puso al tanto de las últimas encuestas para calibrar la performance de su ambicionada reelección, y a continuación recibió en sucesivas audiencias a madres, abuelas, hijos, tíos, sobrinos, cuñados, suegros y ahijados de plaza de Mayo, reavivando con ellos los nostálgicos recuerdos setentistas.

Finalizadas las audiencias, hizo un alto en el trabajo para lustrarse los mocasines e ir al baño, lugar donde infaliblemente mojaba fuera del tiesto por culpa de su estrabismo, que le impedía ver claro y medir correctamente las distancias.

A todo esto, la cobra seguía durmiendo plácidamente debajo del escritorio, sin que el presidente se percatara de su presencia.

La última actividad matinal consistió en la firma de varios decretos, de los cuales el más importante fue el de educación sexual obligatoria en las escuelas, que trajo para su firma el ministro de educación. Al rato se incorporó a la reunión el ministro de salud, que de acuerdo con el de educación venía a pedir el aval presidencial para iniciar una gran campaña de reparto gratuito de preservativos y anticonceptivos en los jardines de infantes del conurbano bonaerense. Cuando el presidente se disponía a firmar el aval, un gesto torpe hizo que la lapicera se le resbalara de los dedos y fuera a parar debajo del escritorio. El presidente se agachó y comenzó a tantear con la mano el piso tratando de encontrarla, pero en vez de la lapicera se topó con la coral, que despertándose furiosa clavó sus colmillos en uno de los presidenciales dedos, inoculándole todo el veneno que tenía. El presidente lanzó un estridente alarido y se desmayó ipso facto, quedando tendido en el piso, frío y blanco como una lápida de mármol. Los ministros de educación y salud, aterrados, miraron debajo de la mesa y descubrieron a la coral; entonces huyeron despavoridos, mientras le gritaban: ¡Genocida! ¡Represora! ¡Fascista! ¡Antidemocrática! Pero la coral no pudo oírlos, porque al picar al primer magistrado había muerto instantáneamente. Su poderoso veneno no pudo prevalecer sobre la ponzoña presidencial, que estaba constituida por una mezcla letal de fluidos anticristianos,

subversivos y apátridas de la peor laya, de esas que uno ni siquiera podría imaginar.

demasiado contentos celebrando el agua generosa y refrescante.

Don Nicasio Coria, con el alma henchida de gozo, contemplaba la lluvia por la ventana. Se preguntó por qué no habían rezado antes la novena al santito Isidro, si la sequía llevaba meses y meses acorralando la vida de la comarca. No tardó en obtener la respuesta: “Es que nuestra fe es corta como patada e’ chanco”. Y junto con la respuesta vino un consuelo: “Menos mal que la bondad divina es más larga que nuestra corta fe”. Tras lo cual, empuñando su vieja guitarra, se puso a entonar una milonga criolla que le inspiró la lluvia en ese momento, y que decía así:

*Llora tristona la tarde
lágrimas de lluvia mansa
y yo contemplo su pena
mirando por la ventana.
El viento silba una copla
pasando por la enramada
luego despacio se aleja
perdiéndose en la distancia.
Un poncho de nubes grises
ha cubierto la comarca
y el aire trae un perfume
de olor a tierra mojada.
Croa el sapo cancionero
su gozo por tanta agua
y las ranas lo acompañan
haciendo coro en la charca.
Linda tarde llovedora
que despierta la nostalgia
mientras aviva el recuerdo
sus más encendidas brasas.*

19. LA LLUVIA

Hacía mucho tiempo que se había esfumado el verdor en la comarca. Era una tierra fértil y tenía normalmente un buen régimen de lluvias, pero ahora los campos estaban mustios y amarillos de muerte. La hacienda padecía hambre y sed, y las osamentas que yacían aquí y allí daban cuenta del estrago. Los sembrados se achicharraban bajo el peso de un sol ardiente que no daba tregua. Hasta los paisanos más viejos no recordaban un período tan prolongado de sequía: ¡ni una gota de lluvia en todo el año!

El aire estaba enrarecido. Un polvillo fino y gris lo invadía todo cuando soplaba cálido el viento, penetrando en los pulmones y dificultando la respiración. Los jejenes danzaban su ronda por doquier y se lanzaban en nutridas escuadrillas al ataque del paisanaje, dejándolo cubierto de molestas ronchas picantes. Por otra parte, daba pena contemplar el arroyo, que siempre fue caudaloso y ahora estaba completamente seco, sin más contenido que las piedras del lecho.

Ya no era vida la que llevaban esos paisanos. Eran hombres curtidos y sabían hacerle pata ancha a la adversidad, pero ahora la adversidad pasaba de castaño oscuro y ellos corrían el peligro de hundirse en la miseria y en la desesperanza.

Un dejo de tristeza reflejaban las miradas, y un algo de resignación. “Nadie puede vencerlo al destino”, sentenció uno con cierto retintín de amargura, y otro añadió: “Será que Dios nos ha olvidao”. Un tercero se limitó a lagrimear en silencio, viendo perdido el fruto de tanto esfuerzo.

Pero doña Ceferina Gómez -vieja rezadora del pago- pensaba distinto. Ella creía firmemente que el destino estaba en las manos de la Providencia y que Dios nunca se olvidaba de nadie, “aunque a veces se escuende - solía decir- para probar nuestra fe”.

Es verdad que la trágica situación no daba para alentar a la ligera un “sursum corda”, pero doña Ceferina tenía el corazón elevado porque conocía el remedio para curar el mal que afligía a la comarca. Para ella, todo era cuestión de rezar confiadamente y hacer penitencia. En su dormitorio tenía un pequeño altar cubierto con imágenes de santos, y sabía perfectamente a quién debía dirigirse en cada necesidad. Si se trataba de un parto, le encendía una vela a san Ramón Nonato. Si el objetivo era conseguirle novio a una chinita del pago, la vela iba para san Antonio de Padua, y si la necesidad era encontrar algo perdido, la indicada era santa Elena y a sus pies ardía la llama. Para pedir lluvia estaba san Isidro Labrador, de quien ella era muy devota. Entonces instó a todos a rezarle al santo una novena con esa intención, pero antes les dijo a los paisanos: “Ustedes no son gauchos maulas, pero se ocupaban más de las vacas y los sembráos que de Tata Dios, a quien lo tienen bastante olvidáo, salvo cuando mascullan apuráos alguna corta oración, como pa’ prevenir que no son una sarta de masones. ¡Ustedes son los culpables de que haya sequía! ¡No me vengan con que no se puede vencer al destino, ni me digan que Tata Dios nos ha olvidáo! ¡Manga de sotretas! ¿Por qué buscan afuera la culpa, cuando está más adentro de ustedes que sus propios riñones? ¡Récenle con fe y confianza al santito Isidro, y verán como él les conseguirá de Tata Dios la lluvia a raudales! ¡Pero hagan penitencia, canejo, porque tienen que pagar la culpa de haberlo puesto a Tata Dios tercero en la fila, después de las vacas y los sembráos!”

Los paisanos sentían un profundo respeto por doña Ceferina, porque era “muy güena”, pero también le temían porque sabían que cuando la contradecían su bondad se trocaba en tornado y tormenta eléctrica. Por eso, muy sumisos y sin chistar, todos sin excepción comenzaron la novena e hicieron la debida penitencia: nada de vino y ginebra en nueve días, ni apuestas en el truco o las carreras de caballos, ni andar mirando guainas ajenas con ojos poco castos.

Doña Ceferina se encargó de velar por el cumplimiento a rajatabla del compromiso asumido por el paisanaje, y el rebenque en su mano mostraba la determinación de surtir al primer desacatado que faltara a la palabra empeñada. Fue así que al finalizar la novena el cielo de la comarca se cubrió de densos nubarrones oscuros; se desató un viento fresco que hizo descender bruscamente la temperatura, y al cabo de un rato comenzó a caer una fina garúa, que a poco se convirtió en lluvia torrencial. El santito Isidro había cumplido, y el gauchaje dio rienda suelta a su alegría con el característico sapucay, que retumbó estridente en los ranchos, en la foresta y a campo abierto, uniéndose al mugido de las vacas en la acción de gracias por el beneficio recibido del cielo. La comarca comenzaba a renacer, después de tanto tiempo de seca. Fue tal el entusiasmo de los paisanos, que se largaron a hacer una procesión bajo la lluvia, cubriendo al santito con un nailon para que no se mojara. Doña Ceferina iba al frente, encabezando el rezo del santo rosario. Después se reunieron todos en un galpón para festejar el aguacero con mate y tortas fritas, mientras un músico tocaba en la acordeona chamamés y chamarritas, acompañado por un par de guitarreros.

La lluvia seguía cayendo afuera. Adentro también caía, porque el galpón tenía más goteras con techo que techo con goteras, pero a nadie le importó nada: estaban

significaba un excelente auxilio para el ejército regular que él comandaba. Entonces comenzó a suministrarles pequeñas cantidades de armamentos, municiones e incluso partidas de soldados que los ayudaran.

Al poco tiempo, viendo cómo se consolidaba la guerra gaucha, San Martín creyó conveniente designar un jefe que asumiera la conducción del bravo paisanaje. Debía ser alguien que conociera a esa gente, pudiera ganarse su confianza y ponerse a su frente para darle dirección e impulso a los esfuerzos bélicos. La elección recayó en el teniente coronel don Martín Miguel de Güemes, hombre astuto y sagaz, que con su verba encendida, su profundo conocimiento del gauchaje, su acendrado patriotismo e indómito coraje, entusiasmó y electrizó a esos hombres y los llevó por el camino de la gloria.

Mejor organizadas las huestes salteñas bajo la conducción de Güemes, barrieron de españoles el valle de Lerma y se concentraron en el asedio a la ciudad de Salta. Lo hicieron con tanta pertinacia, que al general Pezuela no le quedó otra alternativa que levantar campamento y huir con su ejército a Jujuy. Pero también allí le hicieron la vida imposible, tanto que en julio de 1814 tuvieron que abandonar ese refugio y salir disparando hacia a la frontera del Alto Perú para quedar a salvo de la furia gaucha.

Don Pedro Zavala y sus paisanos de Chicoana habían lavado la afrenta a sangre y fuego. Quenas, guitarras y bombos volvieron a resonar en el pago, acompañando el canto y la danza. La harina y las serpentinas no poblaban esta vez el aire, porque hacía varios meses que el carnaval había pasado. Ahora los gauchos no celebraban la fiesta del rey Momo, sino las tremendas palizas que le habían infringido al enemigo español. El vino patero, que regaba la fiesta y alegraba el corazón de esos centauros, sirvió también para

20. FURIA GAUCHA

Estaban comenzando los festejos del carnaval en aquel mes de febrero del año 1814, allá en el valle de Lerma, por los pagos de Chicoana. Los gauchos se reunían en los ranchos para entretenerse con las diversiones típicas de aquella fiesta de tanto arraigo en el norte argentino. Pese a los avatares de la guerra de la independencia, siempre quedaba un margen para la fiesta. Hasta ese momento, el paisanaje no había tomado parte activa en la contienda, excepto quienes se habían enrolado en el ejército patriota. La mayoría se dedicaba a sus habituales faenas campestres, vitales para la economía familiar y para el abastecimiento de las tropas nacionales.

Los habitantes del valle eran gente humilde y reservada, de natural pacífico, cuyo mundo giraba en torno al pastoreo y la labranza. De vez en cuando les venía bien hacer un alto en los quehaceres para holgar y divertirse, y el carnaval se presentaba como ocasión propicia para ello. Quenas, guitarras y bombos acompañaban el canto y la danza, mientras la harina y las serpentinas poblaban el aire y el generoso vino patero regaba el jolgorio, alegrando el corazón de los presentes.

*

El 20 de febrero de 1813, el ilustre general Belgrano había ganado la batalla de Salta. El ejército español, mascando la derrota, tuvo que abandonar la provincia. Pero ese mismo año, la suerte de las armas le fue adversa a Belgrano en los combates de Vilcapugio y Ayohuma, y como consecuencia de esas derrotas

sufridas por los patriotas, el ejército realista, al mando del general Pezuela, reapareció en la provincia en enero de 1814.

Había sed de venganza en Pezuela. Hombre cruel e imprudente, reprimió con dureza a las personas consideradas adictas a la causa de la patria proscribiéndolas, avasallando sus propiedades, enajenando sus bienes y cometiendo toda clase de tropelías, que extendió a los habitantes de la campaña.

Un día, el general Pezuela envió una división del ejército, al mando del general Álvarez, a recorrer el sur del valle de Lerma. En ninguna parte se les ofreció resistencia. Estando cerca de Chicoana encontraron a los paisanos reunidos en los festejos del carnaval. Álvarez hizo rodear con sus fuerzas los ranchos y luego atacó a los pacíficos e inermes gauchos, masacrándolos cruelmente. La misma carnicería hicieron otros destacamentos realistas en diversas localidades del valle, asesinando a sus habitantes sin piedad, sin motivo alguno que los justificara y sin medir las consecuencias que semejante bestialidad les acarrearía poco tiempo después.

*

Vivía en Chicoana un viejo curandero llamado don Pedro Zavala, que ejercía una notable influencia en los gauchos de la zona. Cuando se produjo la masacre, don Pedro montó en cólera y lanzó un grito de venganza que se extendió por todo el valle de Lerma, llegando en poco tiempo hasta los más remotos confines de Salta. La furia gaucha se había desatado. Los paisanos trocaron las rejas de los arados en lanzas y otras armas de combate, dispuestos a entrar en acción para escarmentar a los maturrangos, haciéndoles pagar un alto precio por haberlos ultrajado con tanta insolencia. Eligieron como caudillos de las improvisadas tropas a los hombres más

valientes y ardorosos para que los llevaran a la pelea, y organizaron una suerte de régimen militar y disciplinar ajustado a sus modos y costumbres. Ahora todo era cuestión de esperar el momento para demostrarle al enemigo que los gauchos salteños no eran empanadas que se comían si más que abrir la boca. No fue larga la espera. Un fuerte destacamento español, comandado por un tal Fajardo, daba rienda suelta a sus maldades en el valle de Guachipas. Los gauchos decidieron atacarlo. Se aproximaron sigilosamente al enemigo, lo circundaron para cortar todo escape posible, y una vez terminada la maniobra envolvente se lanzaron al ataque con una ferocidad inaudita. Pese a la veteranía de las tropas realistas y a la superioridad de su armamento, el destacamento fue arrollado y sus hombres pasados a cuchillo, sin que quedara uno solo con vida para comunicarle al general Pezuela el tremendo descalabro sufrido.

El triunfo obtenido alentó a los intrépidos gauchos, que reforzados con las armas arrebatadas al enemigo comenzaron a perseguir, atacar y destruir sistemáticamente cada partida o destacamento español que osaba ponerse a tiro. La furia gaucha demostrada por los paisanos de Chicoana se extendió a todos los criollos salteños, que hacia los cuatro puntos cardinales de la provincia se organizaron para combatir con el mismo empuje irresistible al invasor. La insurrección de los bravos habitantes de la campaña era ya masiva e incontenible, y nada bueno podían esperar de ella los realistas, para quienes se acercaba una sangrienta rendición de cuentas.

El general San Martín, que había reemplazado a Belgrano en la conducción del ejército del norte, recibió con entusiasmo las noticias que llegaban desde Salta. A su aguda inteligencia militar no se le escapaba la importancia que revestía el accionar de los gauchos, que

brindar con entusiasmo por Güemes, por la patria y por la libertad.

ÍNDICE

Prólogo.....	1
1. El buen ladrón.....	5
2. El premio	11
3. El Pobre y el Niño	17
4. El demonio técnico.....	21
5. La Gárgola	27
6. Los Trepadores	31
7. Salvado por el Rosario	37
8. El Mate	43
9. Segundo Piratas.....	49
10. Un Héroe ignorado	55
11. Dos “Beatas”	61
12. Un Monstruo en la laguna.....	65
13. La Argentina que no quiero.....	69
14. La mansión del fantasma	75
15. Las cuatro estaciones.....	81
16. Pichicho	87
17. Una carta en la botella.....	93
18. La Coral desventurada.....	99
19. La Lluvia	105
20. Furia Gaucha	109
